

EL SECRETO DE UNA MADRE.

Drama en tres actos y un prólogo, escrito en francés por MM. Alboize *y* P. Foucher, *arreglado al teatro español por* D. Isidoro Gil, *y representado por primera vez en Madrid, en el teatro del Príncipe, el dia 5 de agosto de 1843.*

PERSONAS.	ACTORES.
Margarita.	Doña *C. Corcuera.*
Amelia.	*T. Lamadrid.*
Clara.	*C. Parra.*
Miguel.	Don *J. Romea.*
Gustavo.	*F. Romea.*
Carlos.	*M. Argente.*
Marques.	*E. Noren.*
Ravennes.	*L. Perez.*
Un oficial.	*G. Ucelai.*
Friquet.	*M. Fernandez.*
Juan.	*N. N.*
Un secretario.	*N. Garcia.*

Dos costureras y soldados que no hablan,

PROLOGO.

El teatro representa un cuarto modestamente amueblado. Puerta al foro y laterales; á la izquierda una ventana.

ESCENA PRIMERA.

Margarita, *sola.*

(*Está sentada trabajando al lado de una luz. Empieza á rayar el dia.*

Las siete cerca y Carlos no ha vuelto! Esta noche me ha cansado el trabajo mas que las otras... Sin duda habrá sido porque he hecho reflexiones mas amargas! Carlos me engaña... no pasa las noches trabajando como dice... Es imposible!... no gana nada... Yo todo lo he vendido por nuestra hija, y no sé como componerme si él no me trae hoy la cantidad necesaria para la nodriza. Dónde está Carlos, Dios mio!.... Qué hace? (*apaga la luz.*) Oh! quiero aguardarle.... Yo no puedo estar mas tiempo en esta cruel incertidumbre... Aqui está ya.

ESCENA II.

Carlos, Margarita.

Car. (Maldita suerte! Cada dia me dá peor!) Qué veo? Margarita!... levantada ya?

Marg. He pasado la noche aguardándote.

Car. Por qué has hecho eso? Ya sabes que detenido á veces hasta muy entrada la noche por mi trabajo...

Marg. Sé que desde hace seis meses hay en tu conducta un misterio que me importa penetrar.

Car. (Qué es lo que dice?) Pero Margarita...

Marg. Escúchame, Carlos. Dos años há, era como hoy dia una pobre menestrala, pero vivia contenta y feliz, porque mi conciencia estaba tranquila!... Te vi despues y te amé... En el dia soy madre, y mi hija aun no lleva el apellido de su padre.

Car. Ya te he dicho que los papeles necesarios para nuestro casamiento...

Marg. Oyeme, Carlos. (*se sientan.*) Como ya te tengo dicho, antes de conocerte fui prometida á otro. Miguel, un honrado y virtuoso menestral... Deseando perfeccionarse en su oficio, para enriquecerme algun dia, salió á recorrer la Francia, contando con mi cariño; y yo he guardado con él un culpable silencio, pues esta carta, en que le confieso mi situacion, mi amor á otro, está todavia aqui, (*la coge de encima de la mesa.*) Me falta el valor, cada vez que pienso que he de sonrojarme delante de mi compañero de niñez, delante de un hombre que me ha guardado su fé, que estaba pronto á llamarme su esposa; y esta noche, mientras me hallaba sola, regando la labor con mis lágrimas, esperándote ansiosa, se fijaron involuntariamente mis ojos en esa carta, y...

Car. Entiendo; y digiste: con él hubiera sido feliz, y por el contrario, con Carlos...

Marg. Oh! no, te equivocas, Carlos; no creas que estos son cargos que te hago; pero una vez que tú no quieres hablar, voy á decirte lo que pienso, porque todo lo he adivinado.

Car. (Qué oigo! Sabrá acaso?...)

Marg. Tú has trabado amistad con personas que te distraen de tus deberes, de tu trabajo, y te meten en gastos que tú no puedes hacer. Hay uno, sobre todo, uno llamado Ravennes, al cual no conozco mas que de nombre, ni he visto jamás, porque se oculta de mi... y que aborrezco de muerte, porque estoy cierta de que es él quien te induce al mal. Oh! no sé por qué tengo el presentimiento de que ese hombre ha de perderte, Carlos.

Car. (*ap. levantándose y retirando su silla.*) (No sé qué contestarla.) Margarita, nadie me distrae ni me separa de ti. Verdad es que tengo disgustos, malos ratos!... Pero si quieres que te hable con franqueza, algunas deudas contraidas antes de conocerte, ciertos gastos superiores á mis medios, en tiempos en que yo era solo, gastos que absorven hoy todos mis recursos, y que me hacen temer verte en la estrechez, en la miseria...

Marg. (*sentada siempre.*) Qué escucho! Es esa la causa de tu tristeza? La estrechez, la miseria! Y qué me importan si las paso contigo? (*levantándose.*) No sabes que eres tú lo que mas amo en el mundo? No eres el padre de mi hija, mi único apoyo, mi único afecto? Acaso ignoras que al ser tuya juré amar en ti, hasta tus defectos si los tenias, porque conocí que tu corazon era bueno, tu alma generosa?

Car. Margarita, eres un ángel!... Y yo... yo soy muy culpable!

Marg. No exajeres asi tus yerros, querido Carlos! Conozco por qué será tu pesar mayor en este momento. Te habrás acordado que hoy es el dia en que debiamos enviar la cantidad señalada para nuestra hija...

Car. Gran Dios! El mes pasado no pude traerte nada, y en el dia mas pobre que nunca. Ah! Es preciso que hoy mismo á toda costa...

Marg. Tranquilízate; yo me encargo de cubrir esa atencion.

Car. Pero, cómo?

Marg. Hace un mes que paso las noches trabajando.

Car. Pobre Margarita! Pero el importe de tu trabajo no será bastante tal vez, y entonces...

Marg. Tengo otros recursos.

Car. Cuáles?

Marg. Acaso le faltan nunca á una madre cuando se trata de su hija? (Si, esta cruz de mi madre, la única memoria que tengo de ella... Oh! no importa! Con tal de no afligirle...) (*dá algunos pasos.*)

Car. Dónde vas?

Marg. A buscar ese dinero para nuestra hija; pero me voy contenta, porque tú me amas siempre, no es verdad?

Car. Oh! mas que á mi vida. (*vase Margarita.*)

ESCENA III.

Carlos, *solo y sentado.*

Cuánto amor! Cuántas virtudes! Pobre Margarita! Si ella supiese que un noble, devorado de todas las pasiones de su clase, se oculta bajo este trage con el que me he disfrazado, no solamente para hacerme amar de ella, sino para ponerme á cubierto de las pesquisas de mis acreedores, y de la cólera de mi padre! Qué diferencia entre su amor tan puro, tan desinteresado, y el cariño venal de esa muger á quien insensatamente entregué mi corazon antes de conocer á Margarita! Ah! no sé como esta mañana pude contener mi indignacion al ver en casa del usurero de quien fui á mendigar un préstamo, el aderezo que absorvió los últimos restos del caudal de mi madre! (*levantándose.*) Oh! á pesar mio, alargué las manos hácia él para hacerle pedazos, y sin el movimiento de terror del usurero, le hubiera pulverizado bajo mis pies. Pero á falta del dinero que el judio Nataniel me ha negado, necesito otros recursos. Doce mil libras perdidas al juego bajo palabra! Oh! si pudiese volver ahora las sumas que debo, tal vez tendria resolucion suficiente para romper con esos compañeros de desórden, acreedores y casi cómplices mios; con ese Ravennes, á quien temo, y al que sin embargo necesito, porque solo en él tengo todavia esperanzas!

ESCENA IV.

Ravennes, Carlos.

Rav. Carlos!

Car. Eres tú?

Rav. Sí; no ha vuelto aun?

Car. Margarita? No.

Rav. Déjame ver si me sigue. Tienes tal empeño en que no me conozca...

Car. Tu trage, que no es el de la clase á que ella cree que pertenezco, descubriria nuestro secreto, y la revelaría mi nacimiento. Pero eso es decir que la has visto?

Rav. Si, hace un instante, en casa del judio Nataniel.

Car. Y qué iba á hacer alli?

Rav. No sé... á vender una joya... una cruz.

Car. La cruz de su madre! Por nuestra hija sin duda!... Ah! buena Margarita! Ese rasgo es digno de ti. Pero y tú, á qué ibas?

Rav. Yo?... Es otra cosa... Yo no iba á vender, sino á tomar...

Car. El qué?

Rav. Este aderezo. (*se le enseña.*)

Car. Infeliz! Le has robado?

Rav. Robado! Te sirves de unas espresiones...

Car. Pero, como es que el aderezo de mi antigua querida se halla en tus manos?

Rav. (Respetemos sus debilidades... Necesito dinero...) Te esplicaré el misterio; vengo de recoger estos brillantes de casa del judio, por orden de tu ex-Princesa.

Car. Pero yo tenia entendido que se habia deshecho de ellos.

Rav. Vender sus brillantes? Boberia! Los habia dado á montar de nuevo. (*movimiento de impaciencia de Carlos.*) Escúchame... no tienes paciencia... yo sabia que necesitabas dinero á toda costa.

Car. Si, á toda costa.

Rav. Viendo agotados todos nuestros recursos, y no sabiendo á qué santo encomendarme, se me ocurrió la idea de dirigirme al sexo hermoso. Fuime á ver á tu beldad jubilada, y la fui animando de los mejores sentimientos respecto de ti... La pinté tu desesperada posicion... y lo que mas la ha conmovido sobre todo, ha sido que he tenido el descaro de decirla que te hallabas en vísperas de recoger una pingüe herencia. Al oir esto, no ha podido resistir mas; y como el dinero contante es género que escasea algo en su casa, me ha encargado que fuese á recoger este aderezo á la de Nataniel, y te lo entregase.

Car. Qué dices?

Rav. La verdad. (Toda mentira necesaria debe ser verdad.)

Car. Ah! no sé qué presentimiento me dice que no debo aceptar esos brillantes.

Rav. Como gustes. Si no te conviene, nada me cuesta volver á llevármelos. (*dirigese hácia la puerta.*)

CAR. (*deteniéndole.*) No, no, nos valdremos de ellos, puesto que no hay mas medio de salvacion; por satisfacer á esos miserables á quienes quedé anoche debiendo, daria hasta la última gota de mi sangre. (*siéntase abatido.*)

RAV. Guarda tu sangre que, aunque no intento yo menospreciarla, no vale cuarenta mil libras, y este aderezo las vale. Qué remedio? No nos queda otro asidero. Tu padre, furioso contra tí desde que despreciaste el rico casamiento que habia negociado en tu favor, te busca por todas partes para mandarte encerrar. A mas de esto, goza de una salud tan insolente, que no parece sino que no piensa en que le han de heredar! Tu crédito! Estamos en la estacion de los hielos y neblinas, y se ha helado con ellos... Mi amistad! Ciertamente, eres acreedor á ella como el que mas... y yo te la consagro toda entera; pero no hay forma de acuñarla... es moneda no reconocida por el gobierno. No hay mas medio, pues, para salir del apuro, que vender este aderezo... y disponer de las cuarenta mil libras, tomando tú doce mil para pagar tus deudas; otras doce mil yo para satisfacer tambien una deuda de honor, y con lo restante...

CAR. (*levantándose.*) Con lo restante aseguraré la suerte de Margarita.

RAV. Qué es lo que dices?

CAR. No lo has oido?

RAV. Si tal, pero tienes otros mil medios mejores de emplear ese dinero, en nuestro comun interés, aun cuando no fuese mas que el de facilitarme los medios de pasar á América al lado del conde, tu primo, que se halla en Santo Domingo.

CAR. Siempre con la misma tema.

RAV. Es que veo en ella tu tabla de salvacion.

CAR. Un pariente que no ha salido de Santo Domingo, á quien jamás he visto y que no me conoce.

RAV. Pero es millonario, tu padre le conoce... le vió en América... y acompañó á su esposa hasta Francia.

CAR. Que murió al poco tiempo de llegar á París, dejando á cargo de su familia el hijo que habia traido á Francia por motivos de salud, lo cual fué causa de que rompiéramos relaciones con mi primo.

RAV. Razon mas para volver á anudarlas... Escribe en el acto á ese dignísimo pariente, y yo me encargo de llevarle en persona la carta. Por tí me espatrio y dejo la Francia. (Por miedo de que ella me llegue á tener guardado mucho tiempo.)

CAR. Jamás me atreveré á declararle...

RAV. Pues bien, no le hables de tu situacion. De mi cuenta corre abogar por tu causa allí mismo. No tienes mas que escribirle cuatro renglones recomendándome eficazmente. Qué, todavia dudas? Me negarás esa prueba de confianza? Entonces busca quien venda este aderezo por tí.

CAR. No, no... te daré lo que me pides. (Me tiene en su poder.)

RAV. Alguien viene, segun creo... es Margarita!

CAR. Si, oigo su voz al pié de la escalera.

RAV. Salgamos por aquí.

CAR. Oh! quiero verla un momento... darla las gracias por su nueva prueba de cariño.

RAV. Pero no tenemos que vender el aderezo?

CAR. Toma, llévatele.

RAV. Estás en tí? Llevar encima los objetos, es dar á creer que uno se halla apurado; voy á hacer el trato á nombre tuyo, y asi no tendré rebozo en pedir mas. (Y no me comprometo en caso de que fueran mal dadas.)

CAR. Date prisa... ya está aquí.

RAV. Pero y la carta? No olvides la carta.

CAR. (*empujándole.*) Bien, bien... será lo que quieras. (*vase Ravennes por la puertecilla de la izquierda; Margarita sale por el foro.*)

ESCENA V.

MARGARITA, CARLOS.

MARG. (*ap. y saliendo precipitadamente.*) El era el que me seguia!

CAR. Querida Margarita, te aguardaba para darte buenas noticias. El sacrificio que acabas de hacer por mi, será el último; no temas ya por tu suerte. Ves este aderezo?

MARG. Un aderezo? Ah! te han traido trabajo?

CAR. Si, si, eso es, trabajo! Toma, guárdale, Margarita; voy al taller y volveré corriendo á buscarle.

MARG. Trae, trae.

CAR. (He estado á pique de descubrirme.) Margarita ha llegado el dia en que pueda recompensar tus virtudes... hasta despues.

MARG. Hasta despues.

ESCENA VI.

MARGARITA, *poco despues* MIGUEL.

MARG. (*sola.*) Ah! respiro! Se ha marchado! Asi no se verán si viene... Era él, Miguel, mi compañero de infancia; le he conocido, y él tambien á mi, porque apretó el paso. Dios mio! Qué le diré si viene? El que ignora... él, cuyo cariño he pagado tan mal! Pero creo que suben... oigo pisadas... Cielos! El es!

MIG. (*saliendo.*) Margarita! Ah! Bien sabia yo que no me habia equivocado! Gracias á Dios que os encuentro al cabo de tres meses de buscaros por este pícaro París.

MARG. Despues de tres meses?

MIG. Si, ese tiempo hará que dí la vuelta, despues de haber ido á probar fortuna por toda la Francia, contando con vuestro cariño; pero bien dice el refran, «que á muertos y á idos...» Parece que en París se pierde pronto la memoria... año y medio sin escribirme! Os creia perdida, enferma, ó muerta... qué sé yo?... El caso es, que sin encomendarme á Dios ni al diablo, me he puesto en camino para París con mi amigo Tormenta, que ha venido á dar un abrazo á su madre, á quien quiere mucho, y dije para mis adentros: «Si Margarita está todavia en este mundo, yo la descubriré.» Y ya veis que he cumplido mi palabra. Pero dejadme que os vea y os mire á mis anchas..... que os diga, claro y sin rodeos, que el gozo no me cabe en el cuerpo... Y vos, no me decis nada? Qué es esto? Se os habrán ido las palabras por el mismo camino que las cartas? Es este el modo que teneis de recibir á vuestro amigo, á vuestro novio?

MARG. Es que.. Perdonad... Miguel... la alegria, la sorpresa!.. No te aguardaba hoy... á estas horas. (Qué le diré...)

MIG. A estas horas! Pues la hora no me parece muy intempestiva; y ademas, cuando dos se quieren bien, y han estado separados mucho tiempo... A no que..... Sabeis lo que se decia por allá, por donde yo estaba, cuando veian que nunca escribiais?... Contaban que os habiais vuelto otra... que estabais aqui hecha una señora, y que gastabais mucho tren... como les sucede en el dia á otras del pueblo, y los compañeros me decian: «Miguel, tú has venido á probar fortuna y hacer dinero; pero muchas veces, lo que uno adelanta por esos mundos, lo pierde en su casa, y lo que

allí se pierde, no vuelve nunca...» Pero yo les contestaba, aunque no sabia vuestro paradero: «Mentis, por vida de quien soy!» Y tenia razon, porque estaba seguro de que habia de encontrar á mi Margarita tan pura y tan juiciosa como la dejé.

MARG. (Desventurada!)

MIG. Ahora, decidme, por qué no me habeis escrito?

MARG. He tenido tanto que trabajar...

MIG. Con que tanto trabajo, eh? Pues os habreis hecho rica? Habreis querido juntar dote? Como si nosotros los pobres necesitásemos eso para amarnos.., para ser felices... Nosotros no buscamos mas dotes que las del alma... Pues si habeis hecho dinero, maldito si se conoce, la verdad sea dicha. (*mirando el cuarto.*) Qué habeis hecho de vuestros muebles, tan aseados siempre y tan lustrosos? En otro tiempo, á buen seguro, que no hubieseis tenido estas malas sillas, ni esta mesa tan fea... (*acércase á la mesa donde está la carta.*)

MARG. (*adelantándose y ap.*) Cielos! Que no vea mi carta! (*la esconde en el canastillo de la labor.*)

MIG. (Ha escondido un papel! Qué significa esto? Si tendrian razon los otros? Oh! no, es imposible!) Margarita, vamos claros; habeis esperimentado alguna desgracia mientras yo he estado fuera? Os habeis visto en algun ahogo? Seriais capaz de habérmelo ocultado, y de haberos rodeado de privaciones, cuando sabiais que yo estaba ahorrando para vos, y que no me faltaba nada? Oh! eso hubiera estado mal hecho, muy mal hecho, y no os lo perdonaria nunca.

MARG. No, no; os engañais; mis muebles, los muebles que me dejó mi madre, están ahi dentro, en mi cuarto.

MIG. Si? Veamos. (*da un paso para entrar, y Margarita hace un movimiento para detenerle.*) Ah! disimulad. (Oh! aqui hay algo que no quieren que sepa; pero yo lo sabré.)

MARG. Miguel?

MIG. Qué hay?

MARG. (Si Carlos volviese...)

MIG. Qué se ofrece?

MARG. Miguel, amigo mio, perdonad si os echo de aqui, pero espero á unas personas... á unas señoras respetables que me traen labor.

MIG. Pues no soy vuestro novio?

MARG. No importa... si os encuentran aqui tan de mañana... ya veis...

MIG. Si, ya veo que se trata de que tome la escalera cuanto antes, y me voy. (Pero yo descubriré...)

MARG. Mañana, si quereis, podeis volver á la misma hora y os hablaré.

MIG. Bien está... mañana. Quedad con Dios, Margarita. (Antes de mañana lo sabré yo todo.)

MARG. Hasta la vista, Miguel.

ESCENA VII.

MARGARITA, *sola.*

Oh! me faltaba el valor para decírselo hoy. Es tan noble... tan sencillo!.. De aqui á mañana tendré tiempo para prepararme, para avisar á Carlos y pedirle consejo... Ah! este aderezo... voy á guardarle en mi cuarto... la visita de Miguel me ha turbado de tal modo... Ah! aqui está la llave de mi armario. (*entrase en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA VIII.

MIGUEL, *abriendo la puerta del foro.*

Se fue por adentro... En ese canastillo ocultó el papel... Veamos si por él puedo saber... (*coje la carta que escondió Margarita.*) Qué es lo que veo?.. Una carta para mi!.. Oh! entonces bien puedo leerla.. (*rompe el sobre y lee.*) Qué es lo que he leido?.. Margarita infiel! Margarita de otro!.. Oh! infame! Voy ahora mismo... (*dá algunos pasos hácia el cuarto y se detiene.*) Necio de mi! Qué voy á hacer?.. Acusarla! Maldecirla! Cuando ella misma se acusa y se maldice en esta carta; se confiesa culpable y me pide perdon; y sin embargo, el que ella ama es un artesano como ella, no mas rico que ella, no mas feliz que ella!.. Este si que es un verdadero amor!.. Y en el dia es madre, y vá á unirse con el padre de su hija... No puedo enfadarme ni quejarme... Hacerla cargos, obligarla á sonrojarse delante de mi, seria prueba de mal corazon... No la diré nada; ya he tomado mi partido, y sé lo que me resta que hacer. Aqui viene.

ESCENA IX.

MIGUEL, MARGARITA.

MARG. Miguel!

MIG. Si, soy yo otra vez, Margarita! Yo, que vengo á despedirme de vos.

MARG. A despediros? Pues qué, partis otra vez?

MIG. Si, voy á emprender... un viaje... un largo viaje... necesario á mis intereses... y á mi salud.

MARG. Pero, por qué es esa súbita resolucion?

MIG. Por qué!.. Mirad, no me he atrevido á confesároslo hace poco... Pero la verdad sea dicha, yo conozco que el casamiento no me conviene, ni á vos tampoco... (*movimiento de Margarita.*) Oh! yo bien sé que no siempre he hablado asi, pero despues he reflexionado y... nuestros génios no se avienen!.. Es decir, el vuestro no, el mio... En fin, mirad, vale mas que yo me marche; ademas, que es cosa decidida.

MARG. Miguel, no os entiendo; pero una vez que esa resolucion es formal, seguidla. Quizás algun dia sereis mas dichoso con otra muger... mas digna de vos.

MIG. Dichoso!.. Oh! ya no lo seré nunca!.. Mas bien es por vuestra dicha por la que importa que nos separemos.

MARG. Qué quereis decir?

MIG. Oh! nada, nada, Margarita, no vayais á tomar esto por queja; si me marcho de Francia, es gusto mio... Cada uno tiene sus inclinaciones.

MARG. Miguel, si Dios os ha inspirado separaros de mi, ha hecho bien sin duda, pues vos debeis hallar en otra parte la felicidad á que sois tan acreedor; y yo debo darle gracias de que no me ameis ya.

MIG. Yo!.. No amaros ya!.. Yo que no tenia apego á la vida mas que para vos! Que no la detesto ahora mas que por vos... yo que solo deseo morir desde que me habeis vendido.

MARG. (*corriendo al canastillo, y levantando la labor.*) Oh! todo lo sabe.

MIG. Oh! lengua maldita! Se me escapó!.. Yo que no queria apesadumbrarla, que queria marcharme y pasar el tramujo yo solo. Pues si, señora, he leido esa carta en que me contabais vuestros cuidados, vuestro amor hácia el padre de vuestra hija... la reparacion que esperais de él, y al momento he determinado irme á enganchar de marinero con mi amigo Tormenta, á ver si una bala rasa me envia pronto á ser pasto de los peces.

MARG. Oh! Miguel, Miguel! qué decis?.. No hagais tal cosa.

MIG. Quereis que me muera aqui de pesadumbre sino? Oh! creedme, mejor es que me marche.

MARG. Escuchadme, Miguel; una vez que quereis alistaros, pensad en una vida gloriosa y no en la muerte. Oh! cualquiera que sea mi falta, la idea de vuestra pérdida seria mi mayor remordimiento.

MIG. Pero no sois vos la que tendria la culpa; es ese hombre que me ha robado vuestro corazon! Mirad, cuando pienso en él, quisiera tenerle aqui para tratale, como voy á tratar á los enemigos... Que venga, que venga aqui ese cobarde.

ESCENA X.

Dichos, CARLOS *en el foro.*

MARG. (*con temor viendo salir á Carlos.*) Oh! callad, callad, Miguel.

MIG. (*que está vuelto de espaldas á la puerta de entrada.*) Teneis razon; yo soy el cobarde en insultar á un ausente... Bien mirado, él tenia derecho para amaros como todo el mundo, y si quiere reparar sus yerros, si quiere dejar su nombre á su hija, empezando por casarse con la madre... qué se yo? Mirad, seria capaz de alargarle la mano y decirle: me habeis quitado mi tesoro, pero os lo perdono, si sabeis estimarle en lo que vale como yo, haciéndoos amar de tan noble y virtuosa jóven... Al arrancármela á mi, su prometido, la habeis privado de un firme y seguro apoyo; sedlo vos en mi lugar... De rodillas os lo ruego, si es preciso! Haced feliz á Margarita, es vuestro deber y debeis entenderme...

CAR. (*acercándose.*) Os he entendido.

MARG. Carlos.

MIG. (*dudando.*) Señor mio...

CAR. Me habeis ofrecido vuestra mano, y vacilo tanto menos en tomarla, cuanto que he sido testigo de vuestro noble desprendimiento, y estoy decidido á cumplir á todo trance el deber que me legais.

MARG. Amigo mio!

CAR. Si, si, á todo trance serás dichosa, Margarita! (*ruido de una cancion en la calle.*)

MIG. (*que ha ido á abrir la ventana durante el coro.*) Tormenta y los compañeros que entonan la cancion de viaje; voy á hacer coro con ellos... Ea, no hablemos mas de esto, y haga mi patron san Telmo que seais dichosos.

CAR. Salgamos juntos; quiero pasar á vuestro lado el mas tiempo que pueda, para estar seguro de ser ya siempre hombre honrado.

MIG. Pues bueno, ea; mereceis ser amado de ella... Adios, Margarita, adios!

ESCENA XI.

MARGARITA, *sola.*

Miguel!.. Corazon noble y magnánimo!.. Se marcha.. Ah! tan generoso sacrificio... Cárlos se hará digno de él!.. Pero ya ha cerrado la noche... (*enciende la luz. Toque de campanas que continua por intérvalos hasta el final.*) Ese toque de campanas... Ah! estamos en la noche de Navidad. Dios permite que esta noche que yo temia pasar tan tristemente, empiece para mi con la esperanza... Pero oigo los pasos de alguno que sube por la escalera... Será Carlos ya?.. No, no es él... Un caballero!.. Se habrá equivocado sin duda.

ESCENA XII.

El MARQUES, MARGARITA.

MAR. Sois vos la que os llamais Margarita Fortier?

MARG. Si, señor. (Qué me querrá?)

MAR. Escuchadme! (*siéntase.*) Vá en ello vuestra fortuna y vuestra libertad.

MARG. Mi fortuna!.. mi libertad!.. Qué significa?

MAR. Escuchadme, os digo... Yo soy el gefe de una noble familia, cuyo esplendor quiero sostener, arrostrando, si es preciso, los peligros que en el dia amenazan en Francia á nuestra clase!.. Tengo un hijo, único heredero de mi nombre y de mis títulos... Este hijo indigno hasta aqui de la ilustre casa, que algun dia debe representar, ha disipado locamente el caudal que le dejó su madre. Indulgente y mas débil tal vez de lo que un padre debe ser, le he puesto por precio de mi perdon un enlace brillante y ventajoso que le llamará á ocupar en el mundo y en la corte el lugar que su nombre reclama; pero él se ha negado. He querido conocer los motivos de tan absurda resistencia, y he sabido que olvidando su linaje, se ha ido á enamorar de una muchacha del pueblo, de una menestrala... Si, he sabido que comprometia á la vez su porvenir y su nombre, obedeciendo á las sujestiones de esa muger, que ha sabido apoderarse de él, y que cuenta ya con un caudal y un apellido ilustre para su hijo...

MARG. Su hijo!.. Pero qué quiere decir todo eso, Dios mio!..

MAR. Eso quiere decir, que mi hijo es ese Carlos que viene aqui todos los dias.

MARG. Vuestro hijo!.. Carlos!.. El!.. El!.. Hijo de un grande!.. Entonces, estoy perdida!.. Oh! pero eso es imposible!..

MAR. Vos conocereis su letra sin duda?.. Leed estas cartas dirijidas á su padre...

MARG. Si, si, su letra es!.. Oh! ahora lo comprendo todo.

MAR. Si, Carlos es mi hijo, y la muger que ha acabado de perderle y arruinarle sois vos!

MARG. Yo!.. yo!.. Qué? No son bastantes las desdichas que venis á revelarme, sino que añadis el insulto?.. Arruinarle!.. Vos sin duda no habeis echado una ojeada al sitio donde os hallais?.. Yo habitaba este cuarto, señor, el dia en que vi á vuestro hijo, que jamás ha sido á mis ojos mas que un pobre artesano; el dia en que por primera vez me habló de amores!.. Pero en este cuarto reinaba entonces el arreglo y la holgura... Conservaba todavia los muebles de mi madre!.. Todo ha desaparecido!.. Porque yo no he admitido de vuestro hijo sino el funesto amor que me pierde... Hace muchos meses que paso las noches trabajando para pagar á la nodriza de mi hija... Esta mañana, esta mañana misma, no habiendo podido reunir, á pesar de mis afanes, la última cantidad que necesitaba para ella, he tenido que vender la cruz de mi madre!.. Si, señor, el único objeto que me quedaba de ella!.. La he vendido á vil precio para mantener á mi hija! Y ahora, señor, decid... oh! decid, si soy yo la que arruina á vuestro hijo!

MAR. (*levantándose.*) (Este lenguaje!.. Oh! si... no es de ninguna de esas mugeres despreciables...) Margarita Fortier, siento que mis prevenciones me hayan hecho juzgaros injustamente; pero tened entendido, que el nombre de mi hijo no le permite, so pena de rebajarse, otro enlace que el que hasta el dia se ha obstinado en desechar.

MARG. Le ha desechado!.. Oh! luego es verdad que me ama?.. Me ama!

MAR. Demasiado quizás, por mi desdicha; mas vuestra union con él, es imposible... Creedme, aceptad los beneficios que vengo á proponeros... Una pension pa-

ra vuestra hija y vos fuera de París, de Francia, si es preciso... Y no me obligueis á sostener por medios dolorosos, el honor de mi nombre, al cual sacrificaria mi vida y la de mi hijo, si fuese necesario!.. El honor de mi nombre, que vengo á defender aqui.

MARG. Y yo, á mi vez, caballero, rechazo vuestros beneficios que son una ofensa!.. No he aceptado de Carlos el artesano, mas que su amor, y no aceptaré de Carlos el caballero mas que un nombre para mi hija!.. Porque, aunque nacida del pueblo, tengo tambien mi honor, y se lo sacrifico tambien todo.

MAR. Ah! he ahi el lenguaje y las ideas que empiezan á cundir en el dia entre las gentes del pueblo... Hablais de honor, Margarita Fortier... y ese honor os hace reclamar ahora el nombre de Carlos, rico é ilustre, el nombre que no os dabais tanta prisa á exijir de Carlos el art sano.

MARG. Qué osais decir! Defiéndeme, Dios mio, defiéndeme... ven á probar á este hombre, si lo que yo amaba en Carlos era su nombre ni su riqueza. (*ruido dentro.*)

MAR. Pero, qué ruido es este?.. Oigo subir precipitadamente.

ESCENA XIII.

Dichos, CARLOS, *en el mayor desorden.*

CAR. Salvadme... Salvadme!..

MAR. Carlos!

CAR. (*reparando en el marqués.*) Estoy perdido!.. Cielos, mi padre!

MAR. Si, yo que vengo á castigar á un hijo culpable!

CAR. Si, si... dadme la muerte!.. No haya piedad, porque estoy deshonrado.

MARG. Qué dices?

CAR. Escuchadme... El infame Ravennes, que me ha conducido al precipicio, me hizo admitir esta mañana un aderezo, que dijo haberle dado para mi cierta persona, á la cual se le habia yo regalado en otro tiempo...

MARG. Ese aderezo... que tengo yo ahi?..

CAR. Si, si... ese mismo!.. Y el miserable le habia robado en casa de un usurero, el judio Nataniel... Y... no tengo fuerzas para acabar... á mi!.. A mi es á quien acusan del robo.

MAR. Gran Dios!

MARG. A ti, Carlos!

CAR. Todas las pruebas están contra mi, porque Nataniel me vió esta mañana parar la atencion en el aderezo, y querer echarle la mano furioso. Y Ravennes ha tenido la audacia de proponerme la huida, diciendo que era á mi á quien buscaban por mi nombre de artesano, y amenazándome de que haria recaer en mi todo el peso de su crimen... Al oir esto, héme lanzado á él, para hacerle pedazos, y que al menos el castigo empezase por el mas culpable; pero al ruido acudió gente... nos vimos rodeados de soldados... y Ravennes gritó señalándome: «ese es el que ha robado el aderezo del judio Nataniel.» En vano quise contestar al infame; la palabra espiró en mis labios. Solo tuve fuerzas para desasirme de los soldados, atropellando al uno, dejando parte de mi vestido en manos del otro, y he salido corriendo. He podido llegar hasta aqui; pero en esa refriega con soldados armados, he salido herido, y... (*déjase caer sentado en una silla de la derecha.*)

MARG. Gran Dios! Su sangre corre.

CAR. Y me vienen persiguiendo. La sangre vá á indicarles el camino de esta casa, y á designar la víctima á la justicia que la aguarda.

MARG. Dios mio!

MAR. Mi hijo preso!.. Mi hijo acusado, sentenciado tal vez como ladron!.. Oh! tened piedad de mi razon, Dios mio!

MARG. Pero es inocente!

MAR. Inocente! Y quién lo creerá? Cuando se desenvuelva á presencia del tribunal la vergonzosa vida que ha llevado! Y ademas, no es por ventura tan infamante una sospecha como una sentencia en una familia como la nuestra? No, no, tú decias bien... no te queda mas recurso que la muerte.

CAR. (*con voz desfalleciente.*) Oh! si, la muerte... Conozco que Dios vá á realizar pronto vuestros deseos.

MARG. Gente viene! Me parece oir ruido de armas... Soldados! La casa está cercada! Oh! llevaosle... ocultadle al menos.

MAR. (*llevándosele.*) Ven, ven.

CAR. (*dejándose arrastrar.*) Ah! Tantas emociones.... esta herida... yo fallezco. (*cae en un asiento de la izquierda.*)

MAR. Se ha desmayado!... Oh! No importa... yo le ocultaré á sus ojos.

MARG. Ya no es tiempo. (*abrese la puerta y aparece un oficial seguido de guardias.*)

ESCENA XIV.

Dichos, OFICIAL, *guardias.*

OFI. (*á los guardias.*) Vedle, aqui está el que ha robado el aderezo, el artesano que buscábamos. (*señala á Carlos, que está desmayado.*)

MARG. Aqui no hay artesano alguno. El que habeis venido persiguiendo, es un noble caballero á cubierto de toda sospecha.

OFI. Quién lo prueba?

MARG. (*señalando al marqués.*) Su padre.

OFI. El marqués de...

MAR. (*deteniéndole.*) Silencio! No quiero que suene mi nombre siquiera en causa tan infame.

OFI. Señor marqués, nosotros debemos respetar vuestro nombre ciertamente; pero no podemos irnos de aqui sin el delincuente.

MARG. El delincuente no es él.

OFI. Y entonces, quién es?

MARG. No debo dejar que pese por mas tiempo sobre el inocente tan odiosa acusacion... Quereis saber quién es la persona culpable?... Yo soy.

MAR. (Qué dice?)

MARG. Si, yo, Margarita Fortier, que habiendo ido esta mañana á vender una cruz al judio Nataniel, me apoderé de ese aderezo.

OFI. En efecto, segun él ha declarado, fué entonces cuando le echó de menos.

MARG. Tomad esa llave que siempre llevo encima, entrad en ese cuarto, y en el armario hallareis el aderezo que he robado... Yo soy la culpable. (*el oficial y dos guardias entran en el cuarto.*)

MAR. Margarita! Qué haceis?

MARG. Le salvo.

MAR. (*dirigiéndose hácia el cuarto.*) No, no consentiré...

MARG. (*deteniéndole y señalando á Carlos.*) Atajad esa sangre... Tendreis valor de entregar á vuestro hijo á la infamia que le aguarda, y que causaria su muerte mas ciertamente que esa herida?

MAR. (Mi hijo!... Oh!... Si acepto este sacrificio por salvarle, no ha dé ser Margarita la víctima.) (*oyense en este momento las campanas.*)

OFI. (*volviendo á salir con el aderezo en la mano.*) Margarita Fortier... (*la hace seña de que le siga.*)

MARG. Ya os sigo.

MAR. (*bajo y deteniéndola.*) Margarita... á vos debo la salvacion de mi honor y de mi hijo... Juro delante de Dios, por cuya gloria suenan esas campanas, salvaros tambien, y reconocer á toda costa vuestro heróico sacrificio.

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO,

El teatro representa el interior de un almacen de modas y lenceria. Puertas vidrieras al foro que dan á la calle. Escalera de caracol que comunica con el cuarto principal. Puerta á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, *sola, cosiendo.*

Aun no ha venido hoy el capitan... y esta es la hora, sin embargo, en que todas las compañeras salen á almorzar... y la señorita Amelia se queda sola conmigo en la tienda... Si la señora tuviese noticia de estos amores!... Ella, que es tan rígida sobre el particular... Bien mirado, haria mal, porque el capitan Gustavo obsequia á Amelia con buen fin!

ESCENA II.

Dicha y FRIQUET, *que ha oido las últimas palabras de* CLARA; FRIQUET *es un jorobadillo que cecea y habla con suma volubilidad.*

FRI. Con buen fin?... Zoiz muy cándida, Clarita!

CLA. Y vos muy curioso, señor practicante del hospital militar. Miren qué gracia!... Acercarse sin sentir, para oir lo que está una hablando entre dientes.

FRI. Repito que zoiz muy cándida, helmoza Clara... Zi ireiz á creer que el zeñor Guztavo, hijo de un conde, y capitan de cazadorez de la guardia, obzequia á la zeñorita Amelia para cazarce con ella?... Regla general, hija mia, en loz amorez de loz militarez con cozturera y modiztaz, no hay buen fin que valga de zargento para arriba.

CLA. Habrase visto lengua de escorpion como la de este hombre!

FRI. Y luego zi ez veldá lo que ze dice en el barrio... que cuando el zeñor Everard, el difunto ezpozo de la zeñora, ze cazó con ella, la zeñorita Amelia tenia ya dientez...

CLA. Vamos, vamos, callad, ó dareis lugar á que os saque los ojos con las tijeras... Ahi teneis las hilas que han hecho las compañeras para vos... si no mirára que son para los pobres heridos, las quemaba ahora mismo... Ea, tomadlas y quitaos de en medio, que estais haciendo falta en el hospital.

FRI. Ca! no zeñora, zi ya no hago falta hazta la noche!.. Ya hice la cura... por la noche, ez otra coza... tengo que velar.

CLA. Pues no velareis mucho, porque tendreis mas gana de dormir que de venir aqui á charlar y á quitar el pellejo á los demas.

FRI. La veldá cea dicha, yo velo durmiendo; en acoztumbrándoce ronca uno lo mizmo que ci tal coza, en medio de loz gritoz y de los reniegoz de loz enfermoz que piden algo; yo obcelvo la regla de no conteztarlez aunque ce dezgañiten, porque aci ce canzan de llamar, y ce duermen al cabo... y ya zabeiz lo provechozo que ez el zueño para loz enfelmoz...

CLA. Vaya, pues me gusta el modo que teneis de velar... Corazon de piedra!

FRI. No ceñora; ci el cervicio ce hace con la mayor puntualidad á pezar de ezo; hay otro que vela, el zupelnumerario, que no cobra zueldo, y por lo mizmo tiene obligacion de tener maz celo que ninguno... no haya miedo que ece cierre loz ojoz en toda la noche... el gobierno no le dá para dormir...

CLA. Callad, callad, no quiero oir semejantes infamias.

FRI. Con todo, hay uno á quien rezpondo ciempre que llama... el pobre hombre paza todaz laz nochez delirando cegun cuenta el zupelnumerario... me le han recomendado.

CLA. Y quién es?

FRI. Un marino de la guardia, que tiene un zobelbio balazo en una pierna... ez un amigo íntimo de mi primo, que tambien ha venido de campaña hace poco, y que vá á verle todoz loz diaz... Vá á verle otro zugeto de muy mal empaque; pero ece ez por la noche; habla con él en voz baja, y me le recomienda mucho, poniéndome ziempre un duro en la mano.

CLA. Eso es... un enfermo que produce.

FRI. Tanto por ezo, como por la recomendacion de mi primo, centiria que al pobre ce le llevace la trampa en la operacion que le vá hacer Mr. Larrey.

CLA. Qué? Van á...

FRI. (*haciendo la accion de cortar una pierna.*) Friolera!.. Van á cortarle... Y ya digo, centiria que zucumbiece á conceccuencia de la operacion, cin embargo de que me he de quedar con zu ropa.

CLA. Os la deja él?

FRI. Vamoz, ce conoce que no eztaiz en los uzoz. Loz militarez que entran y no zalen del hozpital, noz dejan zu ropa, en pago de loz cuidadoz que loz prodigamoz. Cuando digo noz dejan, quiero decir que me la dejan á mi zolo; porque el zupelnumerario jamáz toca á una prenda... ya veiz, ezo ce mira como parte del zueldo... y como el zupelnumerario no tiene ninguno... Pero yo me eztoy aqui, charla que te charla, y antes de llevar eztaz hilaz al hozpital, tengo que dar una vuelta por caza, á ver ci ce le ofrece algo á mi primo y á loz otroz enfermoz.

CLA. Ah! Teneis otros enfermos en vuestra casa?

FRI. Tengo uno zolo que vale por todoz... Ez un viejo que debe haber cido perzona de arraigo en otro tiempo... pero que ha perdido la chaveta... no hace maz que dizparatar en todo el dia... ece ci que eztá malo de la cabeza!... Pero ce me olvidaba que mi primo me ha prohibido hablar de él... de modo que no puedo decir maz, en primer lugar, porque ya zabeiz lo reccervado que zoy, y en cegundo, porque no cé maz.

CLA. Chito! Creo que ha parado un coche cerca de aqui. Si será algun encargo de la corte?

FRI. No vaiz muy dezcaminada, porque el volante ce dirige hácia la puerta.

ESCENA III.

Dichos, RAVENNES. *Sale precedido de* JUAN, *vestido de volante, que le abre las puertas.*

FRI. Zobelbia talla! Ce parece al tambor mayor que murió el otro dia en el hozpital, y cuyo uniforme vendí á un barba por cuatro duroz.

RAV. Es este el almacen de modas de madama Everard?

FRI. (Dónde he oido yo ezta voz?)

CLA. Si, señor, este es el almacen que surte á la corte imperial, y si deseais ver á madama Everard...

RAV. No hay necesidad de molestarla; la emperatriz misma me ha designado esta casa, y vengo á encargar unas vistas para una boda.

CLA. Entonces, no teneis mas que elejir, caballero, por-

que ya sabreis que esta casa es la primera de París en gusto y elegancia... De aqui han salido las galas de la reina Hortensia.

Fri. (Ez particular! Cuanto maz le miro...)

Rav. Aqui teneis la nota de los objetos que se desean, y al pié de ella las señas de la casa á donde hay que mandarlos... Quisiera que el envio se hiciese hoy mismo, si es posible.

Cla. (*examinándola.*) Tenemos todo lo que viene marcado; dentro de algunas horas estareis servido.

Fri. (Oh! Ez él! No me cabe duda, ez él!... No eztaba tan bien puezto, pero...) (*acercándose.*) Caballero.... aunque cea dezcortecia...

Rav. Quién es?

Fri. No me conoceiz?... Me parece haberoz vizto en el hozpital...

Rav. (Cielos! El jorobado del hospital militar!) Si, si... yo soy el que habeis visto... visitando á un pobre herido... me interesan mucho los valientes... soy algo filósofo... pero callad. (*le dá un duro.*)

Fri. Un duro... idéntico.

Rav. Señora, aqui os dejo mi tarjeta con las señas de mi casa, á la cual se irá á cobrar la cuenta. (*á Friquet.*) Hasta la vista, y silencio. (*á Clara, despidiéndose.*) Cuento con vuestra esactitud. (*vase.*)

ESCENA IV.

Dichos, escepto Ravennes.

Fri. A ver, á ver la targeta de ece caballero. Calla! Y tiene armaz! Famozo blazon!... Un leon dormido, y al rededor eztaz palabraz: «Duerme, no le dezperteiz!» Ci alguna vez llego á cer inspector general de hozpitalez, he de adoptar ezte mote... no le dezperteiz.

Cla. Y cuál es el nombre de ese caballero?

Fri. Aqui le teneiz. (*leyendo.*) El conde Federico de Fargiz.

Cla. El conde de Fargis!... Ese es el mismo apellido del capitan Gustavo, el que obsequia á la señorita Amelia.

Fri. Cerá tal vez su hijo... Mucho me temo que laz talez vicitaz cean para la boda del capitan... Venir el mizmo padre á encargarlaz!...

Cla. Y la señora, que nada sabe de los tales amores, y sospecha que es por mi por quien viene el capitan... pobre señorita Amelia...

Fri. Fácilmente podemoz zalir de la duda. No ha dicho que al pié de la lizta de encargoz eztá el nombre de la caza á donde hay que llevarloz?

Cla. Veamos. (*Amelia baja por la escalera de la izquierda, Margarita sale á este tiempo por la derecha. Leyendo.*) «Se llevarán estas vistas á casa de la señorita de Alvimar, de parte del baron Gustavo de Fargis.»

Ame. (*dando un grito.*) Cielos!

Fri. y **Cla.** (*volviéndose.*) La ceñorita Amelia.

Marg. (*ap. y mirándola.*) Ese grito?... Qué es esto, Dios mio?

ESCENA V.

Dichos, Margarita, Amelia.

Marg. (*á Clara.*) Qué papel es ese?

Cla. Un encargo para unas vistas que acaban de entregarme en este momento.

Marg. Traed. (El jóven que viene aqui... Qué sospecha! Seria por Amelia!... Pero silencio y disimulemos.) Es preciso ponerlo todo corriente... (*á Clara.*) Subid al almacen y escojed lo que piden... que se pongan todas manos á la obra inmediatamente... mi hija y yo nos quedamos aqui para servir á los que vengan.

Cla. (*bajo á Friquet.*) La señorita se ha llevado un buen susto en cuanto oyó el nombre.

Fri. Ez verdad; pero yo me voy al hozpital á llevar miz hilaz... ez precizo no abuzar del zupelnumerario. (*vase por el foro. Clara sube al almacen.*)

ESCENA VI.

Margarita, Amelia.

Marg. Amelia, hija mia, estamos solas... Habla, por qué ha sido ese grito, ese sobresalto al oir el nombre de ese jóven?

Ame. Madre mia!...

Marg. Oh! Habla! Habla! Yo te lo suplico.

Ame. Le amo... Madre mia!

Marg. A quién?.. A ese Baron de Fargis que vá á casarse... Le amas?.. Desventurada!.. Y nada me habias dicho.

Ame. Perdonad si os lo he callado, madre mia. Me habiais repetido tantas veces que amar á un hombre de una clase superior á la nuestra era mas que una falta, un crímen... que no me he atrevido á confesarlo... Y luego, cuando yo he sabido su nacimiento, su posicion... ya no era tiempo, madre mia... le amaba ya.

Marg. Qué dices! (Y yo que temia tanto esta desgracia!) Pero ese amor... será un cariño pasajero...

Ame. No!..no, madre mia! Ha jurado no existir sino por mi...

Marg. Y hoy, sin embargo, acaban de encargar en esta casa las vistas para su casamiento con otra.

Ame. Oh! no habrá sido con su consentimiento... estoy segura de ello; ya mas de una vez me ha hablado de que su padre queria casarle con una jóven poderosa y noble, y que hacia los mayores esfuerzos para apresurar su enlace; pero me ha hecho tambien el solemne juramento de no pertenecer á nadie mas que á mi.

Marg. (*con viveza*) Dios mio! Pero tú no sabes, hija desventurada, el tropel de desgracias que tiene que sufrir la que osa olvidar la humilde posicion en que recibió el ser... Tú no sabes que no hay amor, deberes, ni vínculos, por sagrados que sean, que logren resistir al poderoso embate de la preocupacion... Tú no sabes que yo misma...

Ame. Qué decis?

Marg. (Ah! Dios mio! Dios mio! yo me alucino... pero no!.. no! debo continuar... porque esta dolorosa revelacion podrá salvarla tal vez!.. Si, sonrojarme delante de mi hija para evitar mi deshonra... es mi deber!) Amelia, escúchame. (*se sienta.*) Tambien yo, siendo jóven y sencilla, amé á un noble en mis primeros años... Su suerte llegó á verse encadenada á la mia por vínculos indisolubles; porque quiero confesártelo todo... Lo he jurado, para aterrarte sobre tu porvenir!.. Amelia, tú eres su hija!..

Ame. Qué oigo! El señor Everard?..

Marg. No era tu padre, pero no ignoraba ni mi yerro ni mi desgracia, y nuestra union fué la jenerosa consecuencia de su piedad hácia mí. (*exaltándose gradualmente.*) Pues bien; lo creerás? Vime un dia separada de repente de tu padre; osaron decirme que yo habia amado por orgullo, por codicia, al hombre cuya clase y riqueza ignoraba, y cuyo verdadero nombre no he llegado á saber nunca... Mas todavia... acusáronme de un delito infame y yo!.. yo!..

Ame. Madre mia!..

Marg. (*levantándose y aparte con un grito de horror.*) Oh! no! no! Este secreto no!.. Es superior á mis fuerzas!..

Ame. Proseguid.

Marg. (*turbada.*) Yo... yo logré justificarle de la acusacion que pesaba sobre él... Pero todos mis sacrificios fueron estériles, y no pude conseguir que se respetasen mis derechos... Carlos desapareció igualmente que su familia, envueltos en la tormenta revolucionaria que estalló poco tiempo despues... Y yo, sin el jeneroso desprendimiento de un protector nacido de una clase mas modesta, del señor Everard que te adoptó, te dió su apellido y me devolvió el honor... no hubiera podido legarte mas que el oprobio y la indigencia... Amelia!.. Yo te lo ruego... Evita los yerros de tu madre... Oh! que la infeliz no se vea condenada á verte espiar sus culpas; seria un castigo demasiado cruel.

Ame. Madre mia, aunque el noble corazon y el amor de Gustavo debieran desmentir tan terribles conjeturas, os obedeceré, pues asi lo quereis!.. No os lo debo á vos todo en el mundo?.. No volveré á ver al que os causa esos recelos... Hoy debia venir...

Marg. Hoy?

Ame. Ya veis que estoy bien decida á no volverle á ver, pues os lo aviso... Recibidle, vos, madre mia, y decidle... decidle que ya no le amo. (*vase por la derecha.*)

ESCENA VII.

Margarita, *sola.*

Desventurada hija mia!.. Acabo de llenar su corazon de amargura!.. Pero además de los peligros que á ella la amenazaban en esos amores, me estremecia la idea de que la familia de ese Gustavo sondease, para acabarle de disuadir, mi vida pasada, y averiguase la sentencia que pesa aun sobre mí!.. Qué seria de esta infeliz si descubriesen que por mi propia confesion he sido declarada culpable, y detenida en una horrible casa, de la que logré evadirme á favor de los primeros alborotos de la revolucion!.. Ah! el oprobio recaeria sobre mi inocente hija!.. Ah! este es justo castigo del cielo, pues solo pensé en Carlos cuando le salvé... Olvidé que era madre... Las lágrimas de Amelia me lo recuerdan cruelmente en el dia.

ESCENA VIII.

Margarita, Miguel.

Mig. (*en trage de marino de la guardia y con gorra de cuartel.*) Ave Maria!

Marg. (Ah! enjuguemos mis lágrimas...) Qué mandais?..

Mig. Una madeja de hilo, si haceis favor.

Marg. Esta voz...

Mig. Una made... (*dando algunos pasos atrás con asombro.*) San Tèlmo me valga!.. Qué es lo que veo?

Marg. Miguel!

Mig. Margarita! Pues no es nada? Despues de la friolera de diez y ocho años que no nos vemos, os encuentro aqui, en esta tienda, cuando vengo á comprar una madeja de hilo para componer mi uniforme... Voto vá á sanes!.. Que digan luego que no hay justicia de Dios en el mundo!

Marg. El buen Miguel!

Mig. Vuestro hermano!.. Vuestro hermano siempre, que no ha cesado de pensar en vos por tierra y por mar... Vaya, vaya, es preciso que os dé un abrazo.. Venga acá!.. asi... Quién me habia de decir que habia de tener el gusto de abrazar hoy á mi antigua amiga, á mi buena Margarita Fortier.

Marg. (*de pronto.*) Ah! silencio, amigo mio; no me deis jamás ese nombre.

Mig. Pues no os conocen todos por él?

Marg. No; soy la viuda de Mr. Everard.

Mig. Everard!.. Calla!! Pues ese, si mal no me acuerdo, no es el nombre de aquel...

Marg. Oh! aquel no cumplió sus juramentos; pero ha sido mas desgraciado que culpable... Algun dia os contaré esa historia; básteos saber que Mr. Everard adoptó á su hija.

Mig. (Ya entiendo ahora por qué no la hace gracia que nombren al núm. 1.) Con que segun parece, ese otro era todo un hombre de bien?

Marg. Hombre de bien como vos mismo, Miguel; el emperador le nombró factor de sus ejércitos.

Mig. Factor y hombre de bien!.. En qué sentido lo decis?

Marg. Murió pobre, dejándome apenas con que vivir.

Mig. Un factor pobre! Tambien esa! Pues la tal historia es un prodigio.

Marg. Era el único que logró merecer la confianza del emperador.

Mig. (*llevándose la mano á la frente.*) Perdone entonces el difunto.

Marg. A su muerte, envió un recado su magestad para informarse de mi estado, me señaló una pension, y me aconsejó que abriese este establecimiento, prometiéndome su proteccion; hícelo en efecto, y toda la corte empezó á surtirse de mi casa, siguiendo el ejemplo del amo; obtuve el título de costurera de la emperatriz, y en el dia, gracias á los beneficios del emperador, mi hija se encuentra al abrigo de la desgracia.

Mig. Y Miguel os ha hallado por la misma razon; al ver en vuestra muestra las armas imperiales, dije para mí: este almacen merece la confianza de la emperatriz, ya no le falta mas que la mia.

Marg. Pero y vos, amigo mio? Qué ha sido de vos desde nuestra separacion?

Mig. Yo! Despues de haber dado vuelta al mundo, he andado á porrazos con casi todas las naciones de la tierra, y si vivo aun, es gracias á mi amigo Tormenta, que en la última jarana, atrapó en un muslo un cierto casco de granada, que debia haberse repartido entre los dos. Nos hemos vuelto á encontrar en la compañia de marinos de la Guardia, que es en la que estamos todos los buenos mozos; y como el pobre acaba de ser trasportado al Hospital Militar de París, he pedido una licencia, ahora que parece que estamos un poco quietos, y he venido á verle. Tenia además otras razones para entrar en la capital, ya que estaba cerca; en primer lugar, el deseo de hallaros, y despues cierto negocio... Oh! pero un negocio que raya en historia... Y por vida de brios, que lo he de averiguar... ó he de perder hasta la cruz!

Marg. Pero qué asunto es ese de que hablais con tanto calor!

Mig. Oh! es que tengo para mí que ha de ser alguna infamia de todos los diablos... Es sobre un pobre viejo que ha debido ser muy hombre de bien, allá en su tiempo, y que despues le han traido á mal traer, robándole, arruinándole, sentenciándole... qué sé yo? En fin, todo esto unido á una herida que le ha interesado el cerebro, le ha vuelto el juicio; está loco!

Marg. Dios mio!.. Y quién es ese anciano?

Mig. Pues eso es lo que me tiene dado al diablo; por mas que le pregunto... no hay quien le haga decir una palabra acorde; y para saber su nombre, he tenido que valerme de una especie de sello, que lleva muy guardado, una baratija como las que usaban los

nobles de antaño...Pero qué tonto me ha hecho Dios! Os estoy quebrando la cabeza con la historia del viejo, como si á vos os importase... Hablemos de vuestra hija... Dónde está, que tengo gana de darla un abrazo... Mirad, ya la quiero sin conocerla.

MARG. Mi hija, amigo mio, me ha oido hablar muy á menudo de vos, como de un amigo fiel y verdadero!.. Tendrá mucho gusto en veros, pero en este momento...

MIG. Qué? Está mala?..

MARG. No, gracias al cielo; pero un gran disgusto...

MIG. Cómo qué? Pobrecilla!..

MARG. Un jóven... Capitan de cazadores de la Guardia...

MIG. Buena gente, voto á cribas!

MARG. Ama á mi hija... y es correspondido.

MIG. Bien! Y qué mal hay en eso?

MARG. Pero pertenece á una familia ilustre... Es rico, y su padre quiere casarle con otra.

MIG. Ah! demonio! Ya entiendo... El viento es contrario.

MARG. Yo no he sabido nada hasta hoy, ni del amor de mi hija, ni de los proyectos del padre... Y estoy esperando á ese jóven, para decirle que no vuelva á esta casa.

MIG. Hareis bien.

MARG. Sin embargo, confieso que esta entrevista me repugna... Siento hacerle un desaire... Pero lo que él quiere... (*con intencion.*) es imposible.

MIG. Si, ya lo veo... Teneis miedo al abordaje... Pues bien, si quereis que yo me encargue de eso...

MARG. Vos, mi buen Miguel...

MIG. Por qué no?.. No será la primera vez que he servido de parlamentario... Como que cuando hacia de furriel en el regimiento, me encargaban siempre que llevase la voz, por lo suelta que tenia la lengua... Dejadme, dejadme á mi... Vereis como doy pasaporte á ese merodeador... Al buen militar con pocas palabras basta... Licencia absoluta!

MARG. Bien está... Consiento en ello, y os lo agradezco... El creo que viene... Os encargo, Miguel, que le trateis con consideracion... No tengo la menor queja de él.

MIG. Id descuidada, que no he corrido tierras en valde... Yo sé recibir á la gente. (*vase Margarita por la derecha.*)

ESCENA IX.

MIGUEL, GUSTAVO.

MIG. (Pobre muger!.. Pues Señor, voy á decir mi sentir claro, y sin rodeos, al tal oficial... El emperador manda que respetemos las charreteras, pero la naturaleza manda tambien que respeten ellos á nuestras hijas. Hétele que viene; aqui de la astucia de un soldado viejo.)

GUS. (*ap. al salir.*) Quién será este hombre?

MIG. Para servir al señor capitan... En qué podemos complaceros?

GUS. Yo... venia... entraba en este almacen á...

MIG. (Si ahora se le antoja pedir un par de calcetas, si que es ella.)

GUS. Venia á hablar con madama Everard.

MIG. O mas claro, con su hija!.. Pues señor, no puede ser por hoy; estoy de centinela á esta puerta.

GUS. Pero, qué significa?..

MIG. Esto significa, mi capitan, que la madre ha dado en el item; y que es demasiado bien criada, lo propio que yo, para plantaros en la calle; pero que me ha encargado os diga, que cuantas veces vengais, me encontrareis aqui para daros conversacion; y que como es natural que eso no os divierta mucho, no os tomeis la molestia de volver mas... esto es. (Me parece que no puede decirse con mas modo, y si todavia se queja...)

GUS. Cuando no fuera por ese uniforme, hubiera conocido desde luego, camarada, que sois soldado... por vuestro estilo franco y campechano; pero nada de eso me prueba, qué derecho teneis para hablarme asi, y solo el padre de Amelia...

MIG. Su padre... no lo soy, aunque bien hubiera podido serlo... y poco le ha faltado!.. Pero haced cuenta que es lo mismo. Y ya que invocais el nombre de su padre, quiero deciros, mi capitan, que no está bien en un soldado del emperador, hacer el amor á una jóven honrada, sin contar con nadie, sin hablar á sus padres; que eso raya en seduccion; y que no estamos en pais enemigo, donde todo es permitido, porque nunca tenemos arriba de dos horas para seducir; en fin, que si yo tuviese una hija, y un hombre se condujese de ese modo con ella, tendria, voto á brios! que romperse la crisma conmigo, aun cuando fuese el mismo rey de Westfalia en persona... Perdonad, capitan, se me fué la lengua... Pero este no es asunto del servicio... y yo hacia cuenta que era el padre de la chica el que hablaba...

GUS. Pues bien, una vez que es asi, os contestaré lo propio que contestaria á su padre. Mi único intento, mi solo deseo es ser marido de Amelia!.. Dudar de mis intenciones seria ofenderme.

MIG. No seré yo quien diga lo contrario; pero es el caso, capitan, que habeis de saber que si antes hubieseis pedido la mano de Amelia, antes os la hubiesen negado...

GUS. Negado!.. Y por qué?

MIG. Porque vuestro padre os ha escogido una esposa de primera calidad.,. Y Amelia, ni es rica, ni es noble... Y por consiguiente, ni vos la convenis á ella, ni ella os conviene á vos... Ahí está! (Le dejé clavado como una pieza de cañon.)

GUS. Y yo, por mi parte, creia que las terribles lecciones de una revolucion que acaba de nivelar la sociedad entera, elevando hasta el trono imperial á un capitan de artilleria, no habian sido inútiles hasta el punto de suponer que una alianza entre la hija de uno de los mas fieles empleados de Napoleon, y un capitan de sus ejércitos, fué una cosa imposible...

MIG. Verdad es que la hija de un factor, que ha muerto pobre, y un capitan de cazadores... Pero por otro lado, vuestro padre es noble y rico...

GUS. Mi padre es rico en efecto, pero merced á los beneficios del emperador, que le ha cedido los bienes que pertenecian á uno de nuestros parientes emigrado y muerto en el estranjero. Parte de esos bienes me ha sido asignada á mí directamente por el mismo emperador. Mi padre podrá tener otras miras sobre mí; pero me asiste tanto mas derecho para oponerme á sus deseos, cuanto que la misma eleccion de esposa que me destina, es un argumento contra él... La señorita de Alvimar, es hija de uno de esos hombres de estado, nacidos del pueblo, y que debe sus blasones á uno de los triunfos ó de las conquistas de Napoleon... Nobleza reciente, con la cual quiere enlazarse en el dia la antigua nobleza; nobleza mas esclarecida que otra alguna, porque en ella es el hombre el que da lustre al título, y no el título el que ilustra al nombre; pero nobleza que ha debido hacer ver á mi padre la nulidad de las rancias jenealogías,

pues todos esos empolvados pergaminos encuentran en el dia su equivalente en un solo decreto, premiando á los que alcanzan una victoria.

Mig. Voto vá! y ya se vé que teneis razon... Seguid, capitan, seguid!

Gus. Ahora á vuestra propia conciencia apelo; decidme si despues de haber turbado la paz de una jóven, por un amor á que en vano se ha querido resistir, hay razon para abandonarla cruelmente, mucho mas cuando esa jóven reune todas las cualidades que pueden hacer la dicha de un hombre! Ah! si Amelia, si su madre no fuesen dignas de enlazarse á mi familia, si el honor, primer ídolo de un oficial, se opusiese á esta union... entonces obedeceria ciegamente á mi padre... pero Amelia es digna de él y de mí... He jurado que seria mia, y á su despecho, á despecho de la madre de Amelia, de vos mismo, si es preciso... Amelia será la compañera de mi vida.

Mig. A despecho mio! Pero si ahora soy capaz, como madama Everard os la niegue, de robarla con vos!.. Con que no dais cuartel?.. Pues mirad, capitan, sin hacer agravio á vuestra futura, quisiera daros un abrazo.

Gus. Ah! con mil amores... Dentro de ocho dias Amelia será mi esposa.

Mig. Y antes si puede ser; pero es preciso ir á consolarla, porque la pobre muchacha está muy triste, segun me han dicho. (*dan las diez.*)

Gus. Las diez! No puedo detenerme... tengo audiencia á esta hora con el emperador.

Mig. Con el emperador!.. Vaya, vaya, pues id corriendo; ya sabeis que no es amigo de esperar á nadie.

Gus. Pero es el caso, que quisiera tranquilizar á Amelia.

Mig. Eh! yo me encargo de eso; id descuidado, y para que nada os falte, allá vá mi bendicion.

Gus. Si, si, corro... porque esta audiencia quizás no sea inútil para nuestra dicha... Hasta la vista... vuelvo en el acto.

Mig. Con Dios, capitan; muchas cosas al emperador... la esposa y los niños... Ahora llamemos á los otros... Eh! madama Everard... Amelia! Hola! eh? los de casa!.. todos aqui...

ESCENA X.

Amelia, Miguel, Margarita, *á poco* Clara.

Marg. Qué hay?

Mig. Todo está arreglado... Amelia se casa dentro de ocho dias.

Marg. Qué decis?..

Mig. Si, hija mia, con Gustavo... Pero venid acá, que yo os vea. (*mirando á Amelia.*) Un pinito de oro! Hum! qué buen gusto tienen los cazadores de la Guardia!.. No estraño que le escueza tanto el dejarla...

Marg. Pero qué habeis hecho!.. No habiamos convenido?..

Mig. Qué! si hemos tenido una conversacion muy larga... Si la hubieseis oido!.. La revolucion ha nivelado la sociedad entera... Vos no habiais pensado en eso, ni yo tampoco... y luego, las rancias jenealogias no son mas que pergaminos empolvados... y los partes... y los decretos premiando á los que alcanzan una victoria... lo mismo que los blasones... En una palabra, se ha ido corriendo á ver al emperador, y vuelve en seguida para esplicaros eso mejor que yo, y él os probará mas claro que la luz, que tiene razon para casarse con vuestra hija.

Marg. Ah! Miguel! en que apuro me habeis puesto... Qué habeis hecho, Dios mio!..

Cla. (*seguida de otras costureras que traen las vistas en un canastillo.*) Señora... Señora... aqui están las vistas que hay que llevar corriendo.

Mig. Dejadnos en paz... hoy no se trabaja ya... Viento fresco!.. Os damos licencia hasta la hora de la lista.

Cla. Por qué?

Marg. Miguel, por Dios.

Mig. Por qué?.. Porque la señorita Amelia se casa dentro de ocho dias.

Todas. Dentro de ocho dias?

Mig. Y yo os convido á todas, á la boda.

Todas. Muchas gracias... muchas gracias.

Marg. Pero Miguel...

Cla. Y estas vistas que hay que llevar al momento á casa de la señorita de Alvimar?

Marg. Ya lo veis... las han mandado hacer aqui para otra, y yo debo...

Mig. Dejadme, dejadme á mi... servirán para Amelia.

Marg. Pero reflexionad en la cólera del conde de Fargis, cuando sepa que no se han ejecutado sus órdenes.

Mig. Su cólera... corre de mi cuenta... Venga acá ese canastillo... Voy á arreglarlo todo con la familia del novio... (*cogiendo el canastillo.*) Ea, abridme la puerta, y dejad paso á señorita Miguel, ex-marino de la Guardia, y oficiala de costurera en activo servicio, en casa de madama Everard y compañia. (*risa de las muchachas.*)

Marg. Miguel... en nombre del cielo.

Mig. No oigo nada... hasta la vista... Volveré con el novio... Ea, á la bayoneta.

(Hace una especie de ejercicio con el canastillo y echa á andar, mientras rien las muchachas; al hacer la evolucion deja caer las vistas; todos dan un grito y se precipitan á cojerlas, mientras Margarita permanece pensativa é inmóvil en medio del teatro.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un rico salon con muchos retratos de familia. Uno de ellos está cubierto con un velo. Encima de la puerta del foro un leon dormido, y sobre él una corona de conde, con este exergo: «Duerme, no le desperteis.»

ESCENA PRIMERA.

Ravennes, *un* Secretario, *un* Notario. *El notario está sentado delante de una mesa y escribe.*

Sec. Si, señor conde; el señor duque de Alvimar, cuyo secretario soy, ha tenido que asistir al Senado para votar los cien mil hombres que el emperador necesita, y me ha enviado á tratar con vos del casamiento de su hija y del Baron de Fargis vuestro hijo.

Rav. (Lo prefiero... asi obraré con mas franqueza.)

Sec. El duque desea ver efectuado este enlace... Aqui teneis el nuevo contrato que me ha mandado estender.

Rav. Veamos.

Sec. Espero que hoy quedará todo terminado.

Rav. (*despues de haber leido.*) Si... esto es... ha sido aumentada la cantidad. El duque dota á su hija en seiscientos mil francos; por ese lado todo está corriente. Pero no sé si el señor duque os habrá informado de otras dos condiciones necesarias á la tranquilidad y á la dicha de mi hijo.

Sec. Si, señor conde; vuestra solicitud se halla en muy buen estado; antes de tres meses sereis administrador de una de las provincias conquistadas.

Rav. Qué alegria para mi hijo! Porque lo que es yo, aprecio en su justo valor los títulos, las dignidades... soy un filósofo. En cuanto á la segunda condicion...

Sec. El señor duque está pronto á acceder á ella, y en vista de los grandes sacrificios que habeis hecho para formar á vuestro hijo un mayorazgo, el duque os dá cuatrocientos mil francos.

Rav. El duque me ofrece cuatrocientos mil francos, decis?.. Bien está, acepto á ojos cerrados, porque es indigno de mí discutir sobre intereses... Con qué, segun ibamos diciendo, son cuatrocientos mil francos los que han de abonárseme antes de la firma del contrato?.. Ya sabeis que éstas pequeñeces deben quedar entre nosotros.

Sec. Sin duda. Es decir, señor conde, que ya ningun obstáculo se opone á la realizacion de este casamiento?

Rav. Ninguno, señor secretario; no le falta el menor requisito... ni aun la desaprobacion jeneral de los nobles salones del barrio de San German... Pero yo me cuido tan poco de lo que puedan decir acerca de la desigualdad de este casamiento, como me he cuidado de las hablillas que corrieron sobre el modo que tuve de manifestar el horror que me inspiraba el infame comportamiento del marqués.

Sec. Del marqués de Fargis, vuestro tio, que fué condenado por haber hecho fusilar á unos prisioneros franceses en territorio estranjero, á donde se halla sirviendo contra su pais?.. Qué hicisteis señor conde?

Rav. Justicia en mi casa, como el emperador dispuso que se hiciera en los tribunales. Mirad, todos esos retratos son de mi familia, y entre ellos uno solo falta, el del marqués. Al lado está, sin embargo, el de su hijo Carlos, último vástago de la rama primogénita; pero ese pereció el año 89 en un duelo, ó asesinado, en fin, de muerte violenta. A pesar del borron que su padre, el marqués, echó sobre el nombre de la familia, he creido de mi deber dejar ahí la imágen de su hijo, para que se vea que solo los traidores han sido escluidos de ella. Pues á pesar de eso, las señoras de la antigua corte, han criticado mucho esta resolucion, y se han desatado en maldiciones contra mí; pero me es indiferente, yo soy filósofo, y firmaré el contrato cuando guste el señor duque.

Sec. Voy á manifestarle lo que hemos acordado, y tendré el honor de volver á veros inmediatamente. (El duque tenia empeño en este casamiento, lo he conseguido.) (*vase con el notario.*)

ESCENA II.

Ravennes, *solo.*

Ah! bien sabia yo que yendo á esplotar las Colonias haria fortuna!.. Oh! la casualidad me ha favorecido mas de lo que yo podia esperar; ella ha hecho que, gracias á la carta de Carlos, yo llegase á ser el amigo íntimo del conde de Fargis; ha hecho que el conde, desconocido en Francia, despues de haberse librado conmigo de los asesinatos de Santo Domingo, haya perecido víctima de un naufragio; ha hecho que yo, su compañero de fuga, lograse salvar la vida, é instruido de cuanto á él y á su familia concierne, le viese perecer en medio de la tormenta, y pudiese apoderarme de sus títulos; y regresar á la metrópoli para ocupar su puesto en la familia y en la sociedad. El hijo que no habia visto nunca á su padre, me reconocio desde luego por tal. Para no tener nada que apetecer, solo me faltaba una cosa, dinero; pero tú no me abandonaste, oh casualidad, providencia de los ambiciosos!.. Llega á mis oidos el asunto del marqués, la cólera del emperador; doy pasos, hablo, intrigo, embrollo las cosas con la virtuosa indignacion de un pariente ofendido; el marqués es sentenciado; y por mediacion de mi hijo, alumno de un colegio militar y muy querido del emperador, me dirijo á él; le pinto mi situacion, mis desgracias; le imploro en favor de mi Gustavo... Déjase alucinar, me cede los bienes del marqués, y camino desde aquel momento de prosperidad en prosperidad... y vivo grandemente como un hombre de bien... Es tan fácil serlo con cuarenta mil libras de renta!

Juan. (*saliendo.*) Una carta para el señor conde.

Rav. Trae. (*Juan se la entrega y se marcha.*) De quién será?.. No conozco esta letra... Algun importuno sin duda pidiendo que le socorra... no puede uno verse libre de esta gente... Cielos! qué veo! Es de ese Tormenta, marino de la Guardia, que servia de marinero en el navio del conde! El único testigo de mi atrevida sustitucion!.. Está en París... y mi buena estrella me ha hecho hallarle pobre y enfermo al tiempo de entrar en el hospital. Qué tendrá que escribirme? Leamos. «Ayer no os he visto en todo el dia.» La tal boda me ha traido tan ocupado! «El dia de la terrible y dolorosa operacion que tengo que sufrir, está próximo, y como pudiera sucumbir en ella, es necesario que terminemos á la mayor brevedad nuestro asunto.»—Soy de la misma opinion.—«Deber mio era poner en manos de la justicia al hombre que se ha apoderado del título y los bienes del difunto conde de Fargis; pero sea cualquiera el resultado de la cruel operacion que me espera, mi pobre y anciana madre no tiene mas perspectiva que la miseria; aseguradla la subsistencia por medio de un contrato de renta vitalicia, y consiento en callar como hasta aqui; y en cambio de vuestra donacion, os entrego la declaracion que habia escrito para acusaros por vuestro verdadero nombre de Ravennes, y os devuelvo la carta que para disuadirme de ello me escribisteis.» Si, me entregué á él sin defensa, por medio de una esquela que hice llegar á sus manos en la antecámara misma del magistrado, ante el cual habia ido á delatarme. Ese escrito le contuvo entonces; pero hoy seria una prueba irrecusable contra mí. (*continuando la lectura.*) «Todos estos papeles, que llevo ocultos bajo el forro de mi uniforme, y cosidos á la altura del pecho, son vuestros, si quereis; y espero que Dios me perdone esta mala accion. Os doy hasta mañana para hacer lo que os pido.» (*va á sentarse y escribe.*) Oh! esta tarde, esta tarde misma tendrá el contrato; (*hablando al mismo tiempo que escribe.*) se le llevaré en cuanto esté estendido. Oh! bien sabia yo que el cariño que tiene á su madre, me salvaria. (*llama y sale Juan.*) Esta carta á casa de mi notario, que aguarden á que haga lo que en ella le encargo, y que me traigan la contestacion en cuanto esté. Andad.

Juan. Señor conde, ahí traen unas vistas para la señorita de Alvimar.

Rav. Aqui? Se han equivocado; no es á esta casa, es á la de los de Alvimar, á donde deben llevarlas.

Juan. El portador ha dicho que queria entregároslas á vos en persona.

Rav. Bien está... echaré un vistazo. Id corriendo á hacer ese encargo.

ESCENA III.

Ravennes y Miguel, *con la canasta bajo el brazo.*

Mig. Alabado sea Dios! Para servir al señor conde y compañía; soy yo.

Rav. Y quién sois vos?

Mig. Generalmente me llamo Miguel, marino de la Guardia, para lo que gusteis; pero ahora soy la doncella de encargos de Mma. de Everard, que viene á traeros un vestuario de novia.

Rav. Debiais haberle llevado á casa de la señorita de Alvimar; ya dejé dicho en el almacen...

Mig. No se trata ahora de eso. (*dejando la canasta.*) Ea, hablemos aqui un momento en paz y en gracia de Dios, y respondedme primero francamente. Sois hombre de bien?

Rav. Señor mio, esa pregunta...

Mig. Es para dejar á un hombre pegado contra la tapia, convenido; pero vamos al caso, que es lo que importa; escuchadme. Pues señor, Mma. Everard tiene una hija capaz de volver loco á un batallon de la Guardia veterana... Vuestro hijo, que es de la moderna, anda que bebe los vientos por ella, y como tiene su alma en su almario, lo propio que cada hijo de vecino, la hace el amor con propósito firme de casarse con ella.

Rav. Mi hijo! Qué significa?... Seguid.

Mig. Presente, y vamos al caso. Pues señor, la muchacha, que ha visto que vuestro hijo es un buen mozo, porque vuestro hijo es un buen mozo, mejorando lo presente, se ha enamorado tambien de él. En una palabra, los chicos se quieren que es una bendicion, y ahí teneis la razon por qué no he llevado esos trapos á casa de la otra.

Rav. (Oh! el peligro es menor de lo que yo pensaba... Pero este hombre tiene una candidez que pasma.) Y es esto todo lo que teniais que decirme?

Mig. No he concluido. Lo que he dicho es la primera parte, falta la segunda.—Pues señor, viendo que los otros decian allá, en casa, que vos no consentiriais jamás en la boda de los muchachos, he querido venir yo de esplorador, y al llegar á la puerta de esta casa, he dicho para mi sayo; si este es un hombre vano, el verme á mi le agradará, y mi elocuencia natural le decidirá. Cuando yo le hable de aquel ángel de Dios de Amelia, de la buena madama Everard, que es una santa, y de su hijo, que no puede vivir si no se casa con la que ama, el buen señor se enternecerá, dirá que si, y asunto concluido. Esta es la cosa! Aguardo la orden para saber si sois hombre de bien. (Me parece que esto es hablar en forma y á tiempo.)

Rav. (El buen hombre lo dice con una fé... Es cosa divertida!)

Mig. (Cabila! Mi discurso le ha hecho efecto.)

Rav. Decid, buen hombre, habeis venido á decirme formalmente todas esas majaderias que acabais de relatar?

Mig. Majaderias! Cuando os hablo de la felicidad de vuestro hijo...

Rav. Habia oido contar, en efecto, no sé qué de unos amorios, de una especie de relaciones de guarnicion entre mi hijo y una costurerilla...

Mig. Relaciones de guarnicion! Una costurerilla!..

Rav. Poco á poco; es de muy mala crianza interrumpir á las personas que nos hacen el honor de dirigirnos la palabra. Voy á daros la respuesta... y si quereis, podeis trasmitírsela á Mma. Everard, y asimismo á mi hijo. Tengo que deciros, pues, que aun cuando el casamiento de Gustavo con la señorita de Alvimar no estuviese ya decidido, se necesita todo el poco sexo de mi hijo, toda la fatuidad de una modista para imaginar tal proyecto, y toda vuestra audacia para venir á anunciármele.

Mig. Hola! Con que es ese el tono en que vos lo tomais? Pues señor, bueno...

Rav. Ya habeis oido mi respuesta; de consiguiente...

Mig. Pero vos no habeis oido mi réplica, y voy á decírosla... clarito. Es preciso que deis el permiso para esa boda. Yo he tomado á mi cargo haceros decir que si, y lo direis; ó de lo contrario, no sois hombre de bien. Componeos como querais, yo no disputo mas con vos. De aqui no me muevo. (*se sienta.*)

Rav. Bravo! Pues no se sienta!...

Mig. Toma! Me he sentado delante del rey de Prusia en persona, con que bien puedo hacerlo delante de vos.

Rav. Esto ya pasa de raya! Y si no os marchais al momento, voy...

Mig. Andad, andad; en otras mas negras me he visto, y no me he asustado por eso.

Rav. (*enfadado.*) Pero en fin...

Mig. Pero en fin, señor mio, si pensais echármela por la tremenda y hacer el guapo conmigo, os prevengo que yo tambien sé echarla de terne y comerme los niños crudos.

Rav. (Válgame la prudencia y la dignidad... será mejor.) Decidme, sabeis leer?

Mig. (*levantándose.*) Vaya una salida! He hecho las veces de furriel...

Rav. Pues bien, mirad encima de esa puerta... Mirad ese leon dormido... son nuestras armas; leed ese exergo, es un aviso á los insolentes que abusan de nuestra urbanidad. «Duerme... no le desperteis.»

Mig. (*levantándose bruscamente.*) Eh? qué decis?... No le desperteis... Esas armas... (*sacando del bolsillo un sello de plata y mirando alternativamente.*) Si, si, eso es.

Rav. (Qué significa?... Qué es lo que está mirando?) Un sello?

Mig. Si, un sello que vos debeis conocer, porque tiene las armas de vuestra familia, mirad.

Rav. (Qué veo! Las armas de la rama primogénita de los Fargis! La cifra del marqués!)

Mig. (Cómo se ha inmutado! Será este el hombre que busco? En ese caso, astucia, amigo Miguel; acuérdate que eres soldado de marina, porque el amigo debe ser un pillo como una loma.)

Rav. (Pero cómo es que este hombre posee este sello?.. Si querrá tenderme algun lazo?) Amigo mio!..

Mig. (Hola! Su amigo? Qué meloso está!)

Rav. Amigo mio, este sello debe haber pertenecido en efecto á uno de mis parientes, al anciano marqués de Fargis.

Mig. (Marqués de Fargis! Bueno! Ya sé el nombre del viejo.)

Rav. Pero si algo me sorprende, es verle en el dia en manos de un leal soldado de Napoleon.

Mig. Y por qué, me quereis decir?

Rav. Porque dá á sospechar que sois amigo de un traidor.

Mig. Traidor! Alto ahi... Los marinos de la Guardia los degüellan, pero no los conocen, voto á brios!

Rav. El dueño de este sello hizo armas contra su patria, y fusiló á varios prisioneros franceses, entre los cuales se hallaba el valiente coronel Leonardo.

Mig. (Si, le he oido pronunciar ese nombre á menudo.) Pero quién ha dicho eso?

Rav. Quién? En primer lugar, el emperador, y despues yo.

Mig. Vos! Vos que érais pariente suyo! Famoso rasgo! (El pícaro habrá levantado de cascos al emperador...) Y á qué ha sido sentenciado... ese marqués.... ese traidor?

Rav. A muerte, en cuanto vuelva á poner los pies en Francia.

Mig. Por intercesion vuestra tambien, como es de suponer? Eso me parece muy justo... un traidor...

Rav. Y lo que es por mi, con dolor lo confieso... si me viese en el caso de que el Marqués se presentase en esta casa implorando un asilo, creeria de mi deber entregarle inmediatamente á la justicia.

Mig. (Tambien esa? Aguarda, aguarda, perillan.) Oh! no haya miedo de que eso suceda, camarada; el marqués fué á pasar revista al otro mundo; ha muerto.

Rav. Muerto! Esos rumores han corrido, pero hasta ahora ninguna prueba...

Mig. El buen hombre murió loco en mis brazos, no lo dudeis.

Rav. Será posible? Oh! entonces es una suerte que nos háyamos encontrado los dos!

Mig. (No lo sabes tú bien.)

Rav. Es decir, valiente veterano, que no tendriais dificultad en certificar la muerte del marqués?

Mig. Cómo qué? Si en eso puedo complaceros...

Rav. Esta noche vendreis conmigo á casa de mi notario, y declarareis delante de él...

Mig. Todo lo que querais. (De aqui á la noche, pienso yo atarte corto.)

Juan. (*saliendo.*) Señor conde...

Rav. Qué es eso? Quién viene á interrumpirnos?

Juan. El secretario del duque de Alvimar, que aguarda al señor conde en su despacho.

Rav. (Ah! me traerá sin duda los cuatrocientos mil francos.) Voy allá. (*vase Juan.*) Me habreis de disimular, un negocio urgente... Con que hasta la noche.

Mig. Has'a la noche.

Rav. Puedo contar con vos, no es esto?

Mig. Hasta morir. (Conozco que si le rompiera yo algo á este hombre, habia de hacerme muy buen provecho.) (*vuélvese y corresponde al saludo de Ravennes que se vá.*)

ESCENA IV.

Miguel, *solo.*

Vaya un descubrimiento que acabo de hacer! Tú has sabido manejar bien el asunto, truan; pero yo te tomaré las vueltas, y no he de parar hasta averiguar la verdad. Se me ha puesto entre ceja y ceja que el tal conde es un solemne pillo, y es preciso aclarar este embrollo. Voy sin perder tiempo á... (*se vuelve y repara en Margarita que sale por el foro.*) Margarita! Margarita aqui!

ESCENA V.

Margarita, Miguel.

Marg. Acabo de recibir una esquela de Gustavo suplicándome que me personase en esta casa con mi hija, pero he venido sola para evitar á Amelia el disgusto de presenciar mi resistencia á los proyectos de Gustavo; á esos proyectos en que él funda su felicidad y que serian mi perdicion; vos que acabais de hablar al conde... sabeis ya sin duda como yo, que ese casamiento es imposible.

ESCENA VI.

Dichos, Gustavo.

Gus. Ese casamiento se efectuará!

Marg. Qué decis?

Gus. Se efectuará, repito. Tengo ahora derecho para llamaros madre. Una voluntad mas fuerte que la vuestra, que la mia, que la de mi propio padre, ha vencido todos los obstáculos.

Marg. Y qué voluntad es esa?

Gus. La del emperador.

Mig. Tómate esa! Y que no falla.

Marg. La voluntad del emperador?... Pero eso es imposible!

Mig. Qué es eso de imposible?... Cuando él lo dice.... Hablad, hablad, capitan, y contadnos todo á paso de carga.

Gus. El emperador tenia que desquitarse conmigo de una deuda contraida hace largo tiempo; pero deuda de esas que Napoleon no olvida nunca.—Cuando hice mi primera campaña, tendria yo unos diez y ocho años escasos, y servia á las órdenes de Massena, cuyo valiente division se hallaba encerrada en Génova. Fuera de la ciudad teniamos á un lado los Apeninos coronados de baterias austriacas, al otro el mar, en donde se cruzaban los fuegos de la escuadra inglesa; dentro la miseria y el hambre. Bonaparte avanzaba hácia nosotros á la cabeza del ejército de Italia.

Mig. Presente... alli estaba yo.

Gus. Acercábase sin embargo lentamente, porque creia que no teniamos que vencer mas que á hombres; en tan apurada situacion, me ofreci al general, para ir á noticiar nuestra situacion al primer cónsul; arrojéme al mar por la noche, pasé á nado por entre los navios ingleses... hicieron fuego sobre mi y me hirieron. Alentado, sin embargo, por el patriótico pensamiento de mi mision, tuve fuerzas para continuar nadando hácia la orilla, dejando detrás de mi, en las olas, un largo surco de sangre. Logré por último tocar en la orilla; pero allí me aguardaban nuevos riesgos: detenido al tiempo de atravesar las avanzadas austriacas, iba á ser fusilado: un anciano, un francés prisionero, al parecer, me defendió con la mas generosa exaltacion. «Basta, les dijo, con las víctimas que habeis hecho, con los cautivos que habeis asesinado, á pesar de las leyes de la guerra.» Y viendo que no le escuchaban, me cubrió con su cuerpo, recibió un balazo disparado contra mi, y cayó á mis pies con el rostro inundado de sangre: oyóse en aquel mismo momento un confuso griterio de los austriacos que eran atacados de improviso. «Huid, dijo el anciano, cumplid vuestro encargo... y si volveis á Francia, de donde estoy desterrado, llevad al menos esta cruz que os hará recordar á un compatriota desgraciado.» No pudo decir mas, pero me alargó su cruz de San Luis... yo me apoderé de ella...

Mig. Escelente viejo! Y quién era ese individuo?

Gus. No pude preguntárselo; logré escapar aprovechándome de la confusion, y me reuni con el general al pié del monte de San Bernardo.

Mig. En San Bernardo! Presente... tambien estaba yo alli... Vaya una zarracina! Y vaya un frio!

Gus. De entonces data la especial proteccion que el emperador me ha dispensado! Joven, me dijo al verme, todo lo que pudiere hacer por vos en cualquier ocasion, lo haré; el cónsul Napoleon Bonaparte os lo promete. He ido hoy á echarme á sus pies y le he recordado su oferta; se lo he contado todo, mi amor, mis esperanzas; le he dicho: «Señor, va en ello mi felici-

dad, mi vida, mi honor mismo! Mandad á mi padre elevar hasta él á la hija de uno de vuestros mas fieles servidores, del factor Everard...» Al oir este nombre, el semblante del emperador, hasta entonces severo, se ha animado con una espresion de bondad. «Si se trata de la hija de Everard, ha dicho, lo tomo todo sobre mi, y me encargo de llenar la distancia que al parecer la separa de vos.» Dicho esto, ha mandado á uno de sus secretarios escribir á mi padre, á nombre suyo, y aqui teneis la carta. Oh! ya veis que mi esperanza no era una ilusion vana. Ya veis que tenia derecho de llamaros madre mia.

MARG. (*que se ha quedado absorta.*) (Por qué es tanta mi desdicha, Dios mio!.. Cuanto mayor es mi empeño en ocultar mi afrenta, mayor parece la obstinacion de la suerte en hacerla patente á los ojos de todos!.. Señor baron... escuchadme... ese casamiènto...

GUS. Hablad.

MIG. Silencio... aqui viene el padre.

ESCENA VII.

Dichos, RAVENNES.

RAV. (Los cuatrocientos mil francos de Alvimar están ya en mi poder; ahora aguardaré con mas paciencia lo demas...) Gustavo aqui?.. Quién es esta muger?

GUS. Esta muger es Mma. Everard, que á invitacion mia ha venido aqui.

RAV. Mma. Everard!.. Y habeis osado?..

GUS. Llamar á esta casa á la madre de la que en breve vá á ser esposa mia?

RAV. Y habeis podido pensar ni un momento que yo accederia á tan descabellado proyecto?

GUS. No; pero he creido que respetareis la voluntad del emperador, que ordena este casamiento.

RAV. El emperador?

GUS. Ved su carta.

MIG. (Clavadito hasta la última abrazadera.)

RAV. (*leyendo.*) Si, en efecto... no es ilusion... el emperador lo ordena.

MIG. (A ver si ahora cerdeas?)

RAV. (Pero este casamiento desbarata todos mis planes; destruye todas mis esperanzas... Habré de devolver esos cuatrocientos mil francos... renunciar al destino que me ofrecian?)

MIG. Capitula!

RAV. (Y sin embargo, la orden del emperador... cómo resistir á ese hombre, á ese déspota?)

MARG. (*á Ravennes.*) Señor conde... señor conde, dignaos oirme un instante, un solo instante.

RAV. (*con impaciencia.*) Pero señora, en este momento....

MARG. En este momento, sobre todo, caballero... es preciso que yo os hable... pero á vos, á vos solo... No os pesará de haberme escuchado.

RAV. (Qué pretenderá?) Una vez que insistis, consiento en ello. (*á los otros.*) Dejadnos.

GUS. (*á Miguel.*) Cuál es su designio?.. No importa, vos entretanto. . (*le habla bajo.*)

MIG. Eso es, voy corriendo.

GUS. (*con viveza.*) Señora, no olvideis que mi dicha pende de vos.

ESCENA VIII.

MARGARITA, RAVENNES.

RAV. Hablad, señora, qué quereis?.. Para qué es esta entrevista?

MARG. Quiero, señor conde, repetiros lo que tantas veces he dicho á Gustavo; que ese casamiento es imposible.

RAV. Eh'.. Qué habeis dicho?..

MARG. Digo que me uniré á vos para estorbar, por cuantos medios estén á nuestro alcance, este casamiento que bajo otros auspicios, hubiera colmado todos mis deseos...

RAV. Pero el emperador...

MARG. Conseguidme una audiencia de él, y yo haré que revoque esa orden.

RAV. Que revoque esta orden?.. Oh! vos no le conoceis.

MARG. Haced que yo le vea, repito, y...

RAV. Pero qué podeis decirle? Cómo habeis de atreveros á disputar al emperador el derecho de disponer de vuestro porvenir?

MARG. El porvenir!.. Y qué, caballero, el porvenir puede acaso desvanecer lo pasado?

RAV. Lo pasado?

MARG. Ah! quizás he dicho mas de lo que debia... Pero, en nombre del cielo, señor conde... no desoigais mis ruegos...

RAV. No, no, señora... voy á solicitar esa audiencia del emperador. (Si, su turbacion me obliga á creer que una razon poderosa... y... y no sé... me parece que esa fisonomia no me es desconocida, y que en otro tiempo...)

MARG. Cuando gusteis!.. Os aguardo...

RAV. (*mirándola siempre.*) Si, si... voy á satisfacer vuestros deseos... (No hay duda, yo he visto á esta muger antes de ahora.)

ESCENA IX.

MARGARITA, *sola.*

Si, se lo confesaré todo al emperador... Se persuadirá de que no puedo ni debo obligar á nadie á unir un nombre sin tacha al que yo he mancillado, cualquiera que haya sido el sentimiento que me movió á obrar de aquel modo, y por inocente que esté del crimen que pesará para siempre sobre mi cabeza.

ESCENA X.

GUSTAVO, MARGARITA.

GUS. Hablad, señora, esa entrevista con mi padre.

MARG. No me pregunteis nada, Gustavo... Soy muy desgraciada, pero ese casamiento... Ah! os lo he dicho... es un sueño que no puede realizarse.

GUS. Qué decis?.. Pero por qué demencia...

MARG. Compadecedme por el mal que me veo obligada á haceros; compadecedme por el silencio que sobre este asunto me veo en la precision de guardar.

GUS. Ah! ya es harto sufrimiento!.. No, no quiero creer en nada sino en esa obstinada crueldad que os hace gozaros sin razon, sin pretesto notorio, en la desesperacion de todos nosotros. (*Miguel aparece en en el foro y le hace una seña.*) Os negais de nuevo á mi súplica?.. Pues bien, negaos, si os atreveis, á las de vuestra misma hija, porque he dispuesto que os la trajesen aqui: vedla.

ESCENA XI.

Dichos, MIGUEL, AMELIA.

MIG. Presentes los dos.

AME. Madre mia!

GUS. Si, abrazadla, suplicadla, Amelia... Despertad en ella el amor de madre... porque cuando todo se con-

cierta para que seamos felices, cuando mi padre se vé obligado á respetar la voluntad del emperador, nuestra dicha no tiene mas que un solo enemigo, ciego, implacable... y ese enemigo es vuestra madre!..

AME. Será cierto?

MIG. Esas tenemos todavia!..

AME. Luego quereis la muerte de vuestra hija?

MARG. Hija mia! hija mia!.. Oh! piedad! piedad!.. Callad y compadecedme... Oh! si vosotros supieseis...

MIG. Hablad, qué os detiene?

MARG. No, no, nunca me atreveré! Y sin embargo, no, no soy culpable.

GUS. Culpable?.. Pero qué es lo que decis?

AME. Madre mia, madre mia!.. Por piedad.

MARG. Oh! mi razon se ofusca, mi cabeza se exalta!.. Carlos, Carlos, ven á defenderme, tú que sabes mi inocencia!.. Carlos, tú á quien tanto he amado, y á quien todo se lo he sacrificado en este mundo!.. Oyeme!.. levántate del sepulcro!.. Yo te he salvado, ven á salvar á mi hija!.. (*fíjanse sus ojos á este tiempo en el retrato de Carlos y dá un grito terrible.*) Ah! él! él!..

GUS. Qué es lo que tiene?

AME. (*acudiendo á su madre.*) Madre mia!

MIG. Ha perdido la cabeza.

MARG. Ese retrato... de quién es ese retrato?.. Responded.

GUS. Del último descendiente de la rama primojénita de mi familia, de Carlos de Fargis.

MARG. Carlos! Cuándo ha muerto?

GUS. Hace diez y seis años.

MARG. El es... Oh! él es... Mirad, Miguel.

MIG. Voto á San Telmo! En efecto, yo he visto ese prójimo antes de ahora.

MARG. Y el apellido que yo ignoraba era el de Fargis... y es el mismo apellido de la familia con la cual me proponen que me una en el dia... Oh! gracias, Dios mio, gracias.

AME. Qué dice?

MIG. Dejadla, dejadla.

MARG. Oh! el nombre de Fargis, al cual yo he conservado el honor, por noble que sea, no puede rayar mas alto que el mio.

GUS. Qué decis?

MARG. Digo que no he invocado en vano al único ser que he amado en el mundo antes que á mi hija; digo que aquel á quien he sacrificado el porvenir de Amelia, se me ha aparecido para restituirsele... Si, ahi le teneis, él es... Nos mira, nos habla! Amelia, es tu padre!..

AME. Mi padre!

MARG. Oh! no mas lágrimas ahora!.. No mas temores de un porvenir de deshonra!.. La dicha, la dicha para ti, hija mia!.. Para vos, Gustavo, para mi á quien su imájen me abre las puertas de esta casa... porque ahora tengo derecho de reclamar ese enlace de que antes te creia indigna!

ESCENA XII.

Dichos, RAVENNES.

RAV. (*saliendo del despacho.*) Y yo tengo derecho para romperle.

MARG. Qué decis?

GUS. Mi padre!..

MIG. A pesar de la orden del emperador?.. Ya baja!

RAV. Si, el emperador ha ordenado que el joven representante de la ilustre casa de Fargis se uniese á la hija del factor Everard, creyéndola hija de Everard y esposa digna de Gustavo, no hija bastarda de Margarita Fortier... Margarita Fortier, antigua querida de un noble... Margarita Fortier, ladrona!.. (*Amelia dá un grito, Movimiento de Gustavo y Margarita.*)

MIG. (*con voz terrible.*) Margarita ladrona... Vive Dios! Quién se ha atrevido á decirlo?..

RAV. Quién se ha atrevido?.. La sentencia que la condena, la sentencia que la impone una pena infamante, que aun no ha sufrido, y que pesa todavia sobre ella... Sentencia que ha recaido á consecuencia de un testimonio irrecusable... el suyo propio!

AME. Será posible?.. Oh! no, eso no es verdad.

MIG. Ya se vé que no es verdad.

RAV. Que se atreva entonces á sostener lo contrario.

MARG. No, lo que acabais de decir es la verdad; estoy sentenciada, pero soy inocente, lo juro!..

MIG. Y todo el mundo os cree.

RAV. En otro tiempo habeis jurado que erais delincuente... A quién juzgais alucinar con esa inocencia tardía?.. Gustavo, prometisteis obedecerme si el honor os prescribia renunciar á la mano de la que amabais... Ahora bien, ya lo sabeis todo. Llegaria vuestra obcecacion hasta querer manchar el blason de los Fargis, con el nombre de una muger escapada de las cárceles públicas?

GUS. Qué hacer, Dios mio?.. A quién creer?

MARG. No, no, es imposible... no puedo consentir que mi hija sea tambien víctima de un sacrificio cuyas consecuencias crei que alcanzarian á mi sola!.. De un sacrificio, que salvó el honor de vuestra familia!.. Y vos os atreveis á rechazarme ahora!.. Sabed que el crimen no le cometí yo... me acusé á mi misma para librar de la infamia al noble Carlos de Fargis, á quien amaba!.. A Carlos de Fargis, padre de mi hija!..

MIG. Oh! si, si, esa debe ser la verdad.

RAV. Osareis decir ahora tal vez que Carlos de Fargis era el culpable?

MARG. No, gracias al cielo!.. Pero todas las pruebas estaban contra él!.. Y el verdadero autor del crimen era un miserable que le habia perdido, un miserable llamado Ravennes.

RAV. Pues bien, dónde está ese Ravennes?

MARG. Oh! lo ignoro!.. Pero Carlos sabia bien mi inocencia.

RAV. Si, mas como no ignorais, Carlos ha muerto... Ya no existe ningun testigo de esa supuesta inocencia.

MARG. Qué! Ni un testigo!.. Ni un apoyo! Pero, y el marqués, el padre de Carlos que me juró reconocer algun dia mi sacrificio, dónde está... qué se ha hecho?..

MIG. (Qué dice?.. El marqués...)

GUS. Padre mio, escuchadla.

RAV. Ese es un nuevo rasgo de audacia é impostura, pues si os atreveis á invocar el testimonio del marqués, es porque sin duda sabeis como yo, que ha muerto!.. Ese hombre os lo habrá dicho.

MARG. El marqués muerto!.. El marqués, mi último apoyo!.. Amelia, hija mia, todo se ha perdido!

MIG. (*acercándose rápidamente á ella y á Amelia.*) Oh, no tanto como eso, voto á brios!

MARG. Miguel, qué decis?

MIG. Venid conmigo, venid. (*ap. al cojer las mugeres y mirando al conde de reojo.*) Hum!.. Canalla, ya veremos quién lleva el gato al agua. (*llévase á las mugeres; Gustavo hace un movimiento para seguirlas, Ravennes le detiene.*)

ACTO TERCERO.

El teatro representa una sala modestamente amueblada. Es de noche; encima de la mesa hay una luz. Al rayar el dia, se divisa al través de las ventanas la iglesia de San German l'Auxerois. El chacó y el sable de Miguel estan sobre una silla.

ESCENA PRIMERA.

FRIQUET *dormido en un sítial y soñando.*

Zupelnumerario, no os durmaiz... haced lo que yo... eh?... Llama Leandro?... Ezo ez diferente... allá voy, allá voy. (*levantándose y abriendo los ojos.*) Calla! Me he quedado dolmido... lo que es la coztumbre... creia eztar velando en el hozpital... Y el viejo, dónde ce ha metido?... (*yendo á mirar á la puerta.*) Bravo! Aci me guzta... ha ido á echarce cin ceremonia... eztá dolmido... Maz quiero ezo que su charla continua, de la cual nunca puedo zacar una palabra en limpio... Me parece que lo que ez ezte no cura ya... unaz vecez le dá por no hablar en todo el dia, y únicamente al oir campanaz pronuncia algunaz palabraz zueltaz en tono zolemne... he reparado que ez muy aficionado al toque de campanaz... habrá cido campanero de parroquia allá cuando jóven... Otraz vecez prorumpe en gritoz dezaforadoz, ce pone furiozo, y nadie bazta á contenerle... Hoy ha cido uno de ezoz diaz. . razon por la cual diré otra vez al zupelnumerario que venga á acompañarme... Pero por qué cerá el empeño de mi primo en que nadie cepa que ece pobre viejo eztá aquí? Bien pudiera darce maz priza á volver.., ya ez de noche y eztoy haciendo falta en el hozpital!... Ah! Aqui eztá... pero no viene zolo.

ESCENA II.

FRIQUET, MIGUEL, MARGARITA, AMELIA.

MIG. Entrad! Entrad! Estais en mi casa! Sentaos, Margarita.

FRI. (*saludando,*) Zeñora!...

MIG. Ah! Eres tú, Friquet... Hazme el favor de marcharte.

FRI. Puez me guzta! (*á media voz.*) Pero, y el viejo...

MIG. Dónde está?...

FRI. Ahi... en zu cama... dulmiendo como un liron.

MIG. Bien está... Anda al hospital, que aqui no haces falta. (*vase Friquet.*)

ESCENA III.

MIGUEL, MARGARITA, AMELIA.

MIG. Ya estamos solos... Serenaos, Margarita... Yo creo en vuestra inocencia, y confio en que Dios volverá por ella, cuando ha dejado con vida al marqués, á pesar de su demencia, y le ha traido á esta casa; porque se halla ahi... durmiendo en esa estancia.

MARG. El aqui!

AME. Bendito seais, Dios mio.

MARG. Pero, cómo es que...?

MIG. Oh! Es toda una historia!... Aquel asunto, que, segun os dige me traia á mal traer, y me tenia irritado... Figuraos que hará unos seis meses ibamos, chana, chana, muy tranquilamente, y sin mas incomodidad que andar á tiros todos los dias, camino de Viena, á poner el rancho en la marmita del emperador de Austria; andando, andando, llegamos á un castillo aislado, sobre el cual ondeaba una bandera negra. «Hospital de enemigos, dijo el capitan; presenten ar!...» Ejecutamos la evolucion y penetramos en el hospital. Entro yo al frente de todos, como si hubiera sido por una brecha, y lo primero que veo es un anciano vestido y sentado sobre su cama, con la cabeza vendada, y que me miraba sonriéndose. Me acerco á él y le hago varias preguntas en un chapurrado de todos los demonios; el buen hombre se echa á reir y no me contesta. Alzo entonces la vista casualmente, y á la cabecera de su cama leo escrito lo siguiente en una tablilla: «Este hombre es francés, y se ignora quién sea; está herido gravemente en la cabeza, y se halla acometido de enagenacion mental.» Tendí, al acabar de leer esto, la mano á mi compatriota; pero casi al propio tiempo se oyeron voces de «fuego» por varios lados. En efecto, un incendio devoraba el castillo: apodérome del anciano, que seguia riendo, como si tal cosa, échole sobre mis hombros, y atravieso con él por medio de las llamas.

MARG. Ah! Ese rasgo es digno de vos, Miguel.

MIG. El caso era sério, y los dos salimos chamuscados!.. Pero luego que nos vimos fuera, nos encontramos en otro apuro mayor; los austriacos volvian á la carga; habiamos dado en una emboscada... Al ver aquello descolgué á mi hombre, y me puse á hacer fuego como los demas; pero cuál fué mi asombro, cuando volviendo la cabeza para mirar donde estaba el anciano, me le encontré junto á mi, armado con un fusil de uno de los heridos, y despachando cartuchos que era un contento. Si, tú eres un buen ciudadano, le grité mirándole entusiasmado. «A ellos!... Viva la Francia!...» Contestó él. Viva el emperador! Le repliqué yo; pero en aquel momento vino una bala, y me dejó tendido en el suelo con el hombro atravesado.

AME. Oh! Continuad, continuad.

MIG. Me trasportaron á la ambulancia, y de allí al hospital. El anciano me siguió á todas partes sin querer abandonarme; aunque herido él tambien, me asistió como si estuviese en sana razon. y cuando me hallé en estado de ponerme en camino, me vine á París con él, partiendo entre los dos el alojamiento y la racion...

MARG. Y no habeis podido saber quién era?... No os ha dicho jamás su nombre?

MIG. Si, si, fácil es eso... cuando se le pregunta su nombre, contesta... «Chit! Fusilado!» Cuando intenta uno averiguar quién es, muda de conversacion y replica estas palabras: «Me lo han quitado todo!...» Lo único que he podido colegir de cuanto le he oido, es que debe haber sido acusado de alguna infamia, de haber asesinado franceses, él!... El, que tan bizarramente se ha batido en sus filas.

MARG. Pero cómo habeis podido sospechar entonces que sea el marqués de Fargis?

MIG. Oh! Por cierto sello que logré atraparle, y cuya vista ha sobrecogido á ese pícaro conde, lo cual me ha acabado de afirmar en mis sospechas.

MARG. Pues no perdamos tiempo, id y dispertadle; aunque no he visto mas que una vez sola al marqués, yo sabré reconocerle si es él... Me oirá, y quizás lograremos que cumpla el juramento que me hizo.... Venid, venid, Miguel, y sepamos si es en efecto el marqués de Fargis.

ESCENA IV.

Dichos, el MARQUÉS.

MAR. (*acercándose con lentitud.*) Quién me llama?

MARG. Ah! El es! El es! Le reconozco!... Miradme, señor Marqués, no me conoceis?

MAR. No.

MARG. Soy Margarita Fortier.
MAR. Margarita Fortier?... Puede ser.
MARG Qué? No os dice nada ese nombre?... No os recuerda ese nombre á Carlos, vuestro hijo?
MAR. Silencio!... Le han muerto!... Carlos murió á manos de Ravennes... en la playa del Havre... No hablemos aqui de él, porque quiere fusilarme á mi tambien.
MARG. Pero habeis olvidado lo que me jurásteis una noche, cuando fueron robados aquellos brillantes?...
MAR. Unos brillantes robados!... Unos brillantes robados decis?... Aguardad que me acuerde...
AME. Dios mio! Volvedle la memoria.
MIG. Ayudadle, Margarita... seguidle hablando.
MARG. Si, fué una noche en que yo me acusé de un robo que no habia cometido, para salvar á vuestro hijo...
MAR. Mi hijo!... Pero no fué mi hijo el que robó los brillantes .. no fué él... fué...
MARG. Acabad... fué...
MAR. (*con terror.*) Fué su querida!
MARG. Qué oigo! Vos, vos tambien!... Vos, en quien yo esperaba únicamente, os atreveis á decir...
MAR. (*repitiendo convulsivamente.*) Fué su querida, lo juro.
MARG. Soy perdida si este hombre me acusa asi.
AME. Pero no veis, madre mia, que este hombre no os conoce, que no está en su juicio?
MIG. Si por cierto!... El médico nos dijo que recobraria la razon, cuando su herida, antigua ya, pero que habia vuelto á abrirse, se cicatrizase enteramente... Hace mas de ocho dias que lo está, y sus accesos continuan.
MARG. Pero él... él solo en el mundo puede probar mi inocencia... Dios mio, iluminad su razon!... Marqués!... Marqués!... Por piedad, miradme, escuchadme, respondedme. Decid! Decid! Soy culpable?
MAR. Voy á escribir al emperador. (*se acerca á la mesa y escribe.*)
MARG. Ah! Desvanecióse toda esperanza, jamás podrá auxiliarme.
MIG. O por lo menos no será en este momento, porque le ha vuelto la mania... Con esta van ya diez cartas que ha escrito en tres dias al Emperador.
MAR. (*escribiendo.*) Señor, V. M. ha cometido una injusticia.
MIG. Ya veis si está loco... Escribir una cosa asi al emperador!
MAR. (*id.*) Yo jamás he hecho armas contra la Francia, y mucho menos mandado fusilar á prisioneros franceses.
MIG. Oh! Lo que es eso, me atreveria á jurarlo sobre mi cruz.
MAR. (*id.*) Os remito la prueba de lo que digo.
MIG. Y dónde está esa prueba?... Oh! Tal vez desvaneciendo sus temores logremos que vuelva á su sano juicio... Responded, dónde está esa prueba?... Yo iré á buscarla.
MAR. (*levantándose bruscamente.*) A buscarla?... A quitármela?..! La única cosa que me resta!... La prueba de mi honor de caballero, porque todo me lo han quitado, á escepcion de eso... Pero no dareis con ella... la he escondido, la esconderé todavia mas... No la hallareis, no... Aunque me asesináseis para encontrarla... no la tendreis, no la tendreis nunca! (*métese precipitadamente en su cuarto, cuya puerta cierra con violencia echando el cerrojo.*)
MIG. Se ha encerrado. Pobre loco!
MARG. Oh! Hija mia! Hija mia!
AME. Madre desdichada!
MIG. Eh! No hay que desconsolarse asi; precisamente despues de sus accesos es cuando se queda mas tranquilo y despejado... Aguardad, y despues veremos..

ESCENA V.

Dichos y FRIQUET, *que viene jadeando.*

FRI. Primo mio, primo mio... Ah! Me alegro de que ezteiz todavia aqui.
MIG. Qué es eso? Qué te trae ahora?
FRI. Yo?... Vengo á buzcaroz.
MIG. A buscarme! Para qué? Vete con una legion de diablos.
FRI. No tengo tiempo en ezte momento; otro dia pediré licencia para daroz ece guzto... Pero ahora no oz negareiz á ceguirme, cuando cepaiz que ez Leandro el que oz llama; Leandro, á quien eztan operando en ezte momento.
MIG. Qué dices? En este momento?
FRI. Mr. Larrey lo ha decidido aci, y está pazando el rato con él.
MIG. Oh! Si, si, te sigo. Perdonad, Margarita, es preciso que vaya sin falta... Es preciso que vaya á acompañarle en ese duro trance, que vale por muchas batallas, porque es preciso dejarse hacer pedazos sin chistar; es preciso que esté á su lado para recibir sus últimas instrucciones en caso de desgracia. Oh! Al entrar en ninguna accion he estado tan conmovido como ahora.
MARG. (*yendo á Miguel.*) Serenaos, amigo mio.
FRI. (*que en todo este tiempo habrá procurado en vano acercarse á Amelia, la dice en voz baja.*) Tomad ezta carta del capitan Guztavo que acaba de entregalme un lacayo para voz. (*la entrega la esquela.*)
AME. De él!
MARG. Marchad, Miguel! Es un deber sagrado.
MIG. Volveré en cuanto la operacion se haya terminado, y quizás el viejo se halle ya mas tranquilo.
AME. (*que acaba de abrir y leer la carta, despues de un momento de indecision.*) Cielos!
MARG. Qué tienes, hija mia?
MIG. Animo y hasta luego... al punto estoy de vuelta... Ven, Friquet.
FRI. (*mirando á Amelia.*) Pobre angelito! Y tener que marcharme cin zaber por qué llora! (*vanse los dos.*)

ESCENA VI.

AMELIA, MARGARITA.

MARG. Lloras, hija mia! Ah! comprendo tu dolor; pero Gustavo resistirá á la voluntad de su padre, te conservará su fé, y aguardará á que ese anciano nos haya devuelto el honor.
AME. No, madre mia, no... Gustavo no resistirá por mas tiempo á la voluntad de su padre... Gustavo no aguardará á que el anciano haya hablado... porque va á casarse dentro de algunos instantes.
MARG. No, te engañas.
AME. El mismo me lo ha escrito... Tomad, madre mia, yo no sé ocultaros nada.... Ahi teneis su carta, que acaban de entregarme hace un instante; no he leido mas que las primeras líneas, pero ellas bastan á convencerme de mi desgracia.
MARG. (*tomando y leyendo.*) «Amelia, todo está dispues»to para que dentro de dos horas me case con la se»ñorita de Alvimar. El emperador, que cree ahora el »crímen de vuestra madre, os retira la proteccion que »os dispensaba, y me ordena que obedezca á mi padre. »Conozco que si no os veo, Amelia, su poderoso in»flujo logrará arrancarme un si, que habrá de pesarme

»despues eternamente. Vuestra presencia me hará re»cobrar toda mi energia; un coche os espera á pocos »pasos de vuestra casa. Venid, Amelia, venid por pie»dad, ó nuestra dicha vá á desvanecerse para siem»pre.» Pobre jóven!... Cuánto te ama! Ah! Yo soy, yo, la causa de vuestra desgracia!... Amelia, de mi es de quien debes separarte!

Ame. Qué decis, madre mia! Ah! El mismo Gustavo no lo consentirá; sabe tambien como yo que acusaros es una blasfemia, y abandonaros seria un sacrilegio. Si, huiré de aqui, pero será con vos, para que juntas vayamos á sepultarnos en un rincon de la Francia, donde vuestro sublime sacrificio no podrá atraer de nuevo el oprobio sobre nuestras cabezas.

Marg. No desesperemos todavia; Miguel vá á volver y ese anciano tal vez...

Ame. Pero olvidais que dentro de una hora Gustavo vá á dar la mano á otra muger, ahì ante nuestros propios ojos?.. Ah! huyamos, huyamos de aqui... nuestra casa está cerca y podremos facilmente hacer saber á Miguel nuestra resolucion... Pero démonos prisa, porque al pensar que Gustavo me espera, que podria verle todavia, siento que me abandona el valor.

Marg. Amelia!

Ame. Partamos, madre mia, partamos. (*vanse.*)

ESCENA VII.

Friquet, *con un lio debajo del brazo.*

Pucz Ceñor, ezto ez hecho; el pobre Leandro ezpichó... un cuarto de hora dezpuez de la opelacion ce dezmayó en loz brazoz de mi primo Miguel, y mientraz fui á llamar al médico de guardia, buenaz nochez, ce marchó al otro barrio; encontramoz á Miguel llorando y eztrechando la mano de zu amigo... Yo tambien he llorado... y aun creo que el zupelnumerario ha llorado tambien, y ezo que no le pagan... Viendo aquello, me he venido corriendo, cin decir nada á mi primo, para que no llegace á trazlucir la zorpreza que le recervo... aqui eztá la zorpreza: el uniforme de Leandro con la cruz de la lejion... le vi tirado zobre la cama inmediata, y como dezde que cerró el ojo el amigo, ez propiedad mia, le eché al punto la mano; bien hubiera podido zacar un par de duroz por él, pero he dicho para mi: ezta memoria de un antiguo camarada debe cerle grata á mi primo, y por ezta vez renuncio á miz probechilloz. Guardemoz la cazaca en ezta cómoda. (*guarda el uniforme; á este mismo tiempo llaman á la puerta.*) Creo que han llamado! Quién puede venir á eztaz horaz? Adelante, mi marido ha ido á la feria.

ESCENA VIII.

Ravennes, Friquet.

Fri. (Qué veo? El individuo de laz propinaz.)

Rav. Ah! gracias á Dios; sois vos, amiguito?

Fri. (Amiguito!) Ceñor conde... (A qué diabloz viene ezte aqui?)

Rav. (No veo nada... me aseguraron sin embargo que se le habia llevado consigo.) Mi visita os sorprenderá sin duda, pero vengo del hospital, al cual he llegado ya tarde, para ver por última vez al desgraciado Leandro, y habiéndome dicho alli vuestra habitacion, he venido á informarme inmediatamente.

Fri. De ci eztaba bien muerto?.. Ay! ci ceñor, hazta laz uñaz... pero no cin penzar en voz.

Rav. (*temeroso.*) Ha hablado de mi?

Fri. Ha pronunciado muchaz vecez vueztro nombre!

Rav. Y qué ha dicho?

Fri. Que deceaba veroz, que le habiaiz hecho una promeza.

Rav. Y despues de eso?

Fri. Dezpuez... Ce ha muerto cazi repentinamente.

Rav. (Respiro, no ha dicho nada.) Mil gracias, amiguito, por todos esos pormenores, que son muy preciosos para mi, pues se trata de un hombre por el cual, como ya sabeis, me interesaba vivamente; yo soy un filósofo, tengo en gran aprecio á los valientes, sea cualquiera la clase á que pertenezcan... y los recuerdos que dejan en pos de si, recuerdos eternos de las acciones sublimes de que fueron testigos... tengo gusto en formar con ellos un brillante trofeo en mí propia casa; en una palabra, quiero introducir en mis salones la gloria del Imperio.

Fri. (A dónde vendrá á parar ezte?)

Rav. Y para eso voy recojiendo, comprando á peso de oro, los objetos que dejan despues de su muerte; y si el uniforme de Leandro...

Fri. Zu uniforme?.. Miren qué laztima! Parece que el diablo lo hace, ez la única coza que no puedo venderoz.

Rav. Cómo! Os habeis deshecho ya de él?

Fri. No tal, eztá ahi, en eza cómoda.

Rav. (No me han engañado.) Pues bien, si por un precio moderado, ciento, doscientos francos...

Fri. Impocible, repito. Eza cazaca eztá deztinada para mi primo, antiguo camarada zuyo... Pero ci teneiz empeño en pocecr algo perteneciente á Leandro, oz puedo vender por el mizmo precio doz parez de botinez en buen uzo, y un cuello de camiza, poztizo.

Rav. Lo que deseo es su uniforme únicamente; y si el precio no os parece suficiente, doblaré la cantidad.... os ofrezco cuatrocientos francos.

Fri. (Cuatrocientoz francoz!.. Hum! algo debe tener de eztraordinario la tal cazaca...) (*vá á la cómoda, saca el uniforme y le desdobla.*)

Rav. (Por fin se decide.)

Fri. (No la encuentro nada cino que ez maz vieja y maz raida de lo que yo creia... Cuatrocientoz flancoz!... Ezto no ez natural... veamos hazta dónde zube.)

Rav. Vamos, amiguito, qué es eso, qué mirais?

Fri. Eztoy mirando, que cuatrocientoz flancoz por el uniforme de un vetelano de la gualdia... por un uniforme que habrá olido la pólvora en Trafalgar y en Wagram...

Rav. Bueno, pues ochocientos!

Fri. Ochocientoz flancoz!.. (Huy! ezto ez zozpechozo.) Mirad, para que gaztar tiempo... quien ha llegado ya hazta ahi puede tirar... acomoda?

Rav. (*de pronto.*) Mil francos!.. Doy por él mil francos.

Fri. Puez Ceñor... (No hay duda, aqui hay gato encerrado.)

Rav. Está hecho el trato?

Fri. Eztá hecho... Me quedo con él.

Rav. Qué decis? Os quedais con él?

Fri. Ci por cierto.

Rav. Os negais á vendérmele?

Fri. Ci, tengo miz razonez.

Rav. (*colérico.*) Razones!.. Qué razones?.. Pues estará bueno que un trastuelo...

Fri. Cómo ez ezo?

Rav. Por qué cuando vengo á proponeros yo mismo....

Fri. Porque tengo en gran aprecio á loz valientez... porque tengo guzto en concervar ezte uniforme para hacer con él un trofeo en miz zalonez... qué quereiz? Me ha dado por ahi... Zoy tambien filózofo...

RAV. Insolente!.. Burlarse asi de un hombre de mi especie.

FRI. Un hombre de vueztra ezpecie que viene de noche á comprar dezhechoz á caza de un pobre jorobeta! Un noble que ce humilla ante un gaje de hozpital... Vaya que me guzta!.. Rezpetar al ceñor conde de Fargiz!.. (*imitando el grito de los compradores de ropa vieja.*) Hay trapo viejo y zombreroz que vender!

RAV. Con que es partido resuelto?

FRI. Un hombre de mi eztopa no se vuelve atráz nunca.

RAV. Pues bien, yo tambien he tomado mi partido..... soy el mas fuerte, y ese uniforme será mio.

FRI. A zaber.... No ez uno practicante de hozpital que tiene que verce ezpuezto á zalir de noche á todaz horaz, cin tomar zuz precaucionez; y yo he tomado laz miaz.

RAV. (*lanzándose hácia él.*) Ea, ya os lo he dicho; necesito ese uniforme... pronto, venga acá.

FRI. (*sacando un cachorrillo.*) Alto ahi, zeor guapo!... No le tendreiz, porque quereiz armarme alguna zancadilla... Cuando ofreceiz mil francoz por ece calandrajo, ceñal de que ceria uno tonto en vendérozle... Me lo llevo al hozpital para rejiztrarle con cuidado... el zupelnumerario me ayudará, aunque no cobra... voz le habeiz puezto precio, mañana os diré yo el mio... Hazta la vizta, eccelentícimo zeñor... trapero. (*vase corriendo.*)

ESCENA IX.

RAVANNES, *poco despues* JUAN.

RAV. Se marcha!.. Si descubre los papeles... soy perdido!.. Qué haré? No hay mas medio... (*yendo á la puerta y llamando.*) Juan! Juan!

JUAN. (*saliendo.*) Señor conde!

RAV. Calla y escucha... Quieres ganarte cien napoleones?

JUAN. En seguida.

RAV. Es asunto arriesgado y dificil!..

JUAN. Por cien napoleones? Nunca!

RAV. Conoces al jorobadillo del hospital?

JUAN. Si, señor.

RAV. Acaba de salir de aqui con un lio debajo del brazo... Es preciso seguirle, darle alcance, y apoderarse de ese lio que me pertenece, sin que logre conocerte... afortunadamente no traes librea.

JUAN. Bueno!.. Y en seguida...

RAV. Te llevarás el lio á casa, y si yo no estoy alli todavia, le quemarás en la chimenea de mi despacho y volverás á darme cuenta.

JUAN. Es eso todo?

RAV. Ah! ese hombre lleva armas.

JUAN. No temais, se le pillará de sorpresa; oh! yo me las compondré con él... Es cosa hecha.

RAV. Corre. (*vase Juan.*) Ah! ojalá consiga lo que quiero... de lo contrario estoy perdido!.. Ahora corramos á mi casa para que me halle alli; si no le encuentro, volveré... Vamos.

ESCENA X.

El MARQUES, RAVANNES.

MAR. (*yendo á él y cojiéndole.*) Deteneos.

RAV. Quién es este hombre?

MAR. (*con fuerza.*) Me habeis pedido la prueba, ahi la teneis!..

RAV. (*atembrizado.*) Qué me quereis?.. Dejadme!

MAR. No... no... no os marchareis hasta que hayais tomado esta prueba para llevársela al emperador, me lo habeis prometido.

RAV. No he sido yo, dejadme os digo!

MAR. (*mirándole atentamente.*) No habeis sido vos!.. No, este no es Miguel...

RAV. Miguel!

MAR. Pero entonces, quién sois vos?

RAV. Yo soy... soy... (Las miradas de este hombre me dan miedo.)

MAR. Quién sois, decid?.. Temeis confesarlo?.. Pues yo no temo... y eso que estoy proscrito, que mi cabeza no está segura si hablo.

RAV. Qué dice?

MAR. Pero poco me importa; revelaré mi nombre, porque soy inocente... soy el marqués de Fargis.

RAV (El marqués de Fargis, en esta casa! vivo!.. Oh! todo lo comprendo... ha hablado de Miguel... Miguel se llama aquel soldado que estuvo en mi casa, y me ha vendido el miserable!)

MAR. Si, soy el marqués de Fargis, á quien han calumniado, arrebatado los bienes, hasta el honor.

RAV. (Esos ojos estraviados... esas palabras inconexas... Ah! si, este hombre está loco... y se halla en mi poder.)

MAR. Pero ay! de los infames!.. Tengo una prueba de mi inocencia.

RAV. (Una prueba de su inocencia!.. Si, hace poco, en efecto, me suplicaba que la tomase y no lo he hecho... ah! soy mas insensato que él.)

MAR. Si, si, la prueba de mi inocencia, es esta... (*Ravennes hace un movimiento espontáneo para cojerla, el marqués retira la mano.*)

RAV. (Ese papel... cómo apoderarme de él?.. Su imajinacion enferma no debe ser dificil de dominar....) Siento que no os hayais descubierto antes, señor marqués de Fargis.

MAR. (Marqués de Fargis, si... soy yo en efecto... me conoce...)

RAV. Porque á vos era á quien venia á buscar aqui...

MAR. A mi?.. Vos!.. No es verdad!

RAV. Si por cierto... el emperador me ha enviado...

MAR. (*que empieza á darle oidos.*) El emperador?..

RAV. Si, el emperador quiere anular la sentencia que os condena; sabe vuestra inocencia... no aguarda mas que una prueba...

MAR. Una prueba? La tengo.

RAV. Pues bien, dádmela á mi... que estoy encargado de hacer brillar la verdad á sus ojos...

MAR. (*con desconfianza.*) Esta prueba... no, no.

RAV. Entonces, si os negais á entregarme ese escrito, es que nada de lo que contiene es cierto... que es una prueba supuesta...

MAR. Supuesta!.. Una declaracion del coronel Leonardo... herido de muerte, y en la cual certifica, que en vez de ordenar su suplicio, he tratado de librarle de él!.. Que no es cierto este escrito?.. Tomad, leed vos mismo.

RAV. (*tomándole el papel de las manos.*) Si... si... teneis razon; esta prueba es, en efecto, decisiva para vos... pero tranquilizaos, voy á ponerla ahora mismo en manos del emperador.. y á ella debereis vuestra salvacion.

MAR. De veras?.. Me lo prometeis... bajo palabra de caballero?

RAV. Os lo juro.

MAR. (*siéntase y queda absorto.*) Bien está... adios.

RAV. Adios! (*hace que se vá.*) Destruyamos este escrito cuanto antes. (*vuelve y acercándose á la mesa, quema la declaracion.*) Pero, es bastante esto? Este

hombre puede recobrar la razon, y si me viese... los muertos tan solo no vuelven á conocer á nadie... No hay que vacilar... este es un barrio retirado; todavia es de noche, y el rio está cerca... Este viejo, debilitado por sus padecimientos, se dejará llevar... Si, eso es. (*alto, y acercándose al marqués,*) Decidme, señor marqués...

Mar. Vos! Vos todavia aqui!.. No habeis ido á ver al emperador?

Rav. No, he reflexionado una cosa... Por qué en vez de poner esa prueba en manos del emperador, por mi mediacion, no venís á entregársela vos mismo?

Mar. Yo... yo delante del emperador!..

Rav. Vos en persona; temeis presentaros á él?

Mar. Oh! no... no!.. me parece, por el contrario, que sabria hallar palabras en su presencia...

Rav. Pues bien, venid... no perdamos un momento.

Mar. Si, eso es... marchemos.

Rav. (Ya es mio!) Venid, venid.

ESCENA XI.

Dichos, **Miguel, Amelia, Margarita.**

Mig. Atrás!

Rav. Miguel!

Ame. *y* **Marg.** El conde de Fargis!

Mig. Ah! ya veis si he hecho bien en no dejaros partir y traeros aqui; llegamos á tiempo... Hola! hola! queais tomarme las vueltas y robarme el viejo, solapabribon! Pero aguarda, te he pillado con la masa do las manos, y aqui tengo un chisme que es el único cnra escarmentar ladrones. (*vá á cojer el sable y tira pa él.*)

Amde. Ah! piedad!

MaEg. Deteneos, Miguel; qué vais á hacer?

MigR. Lo que él queria hacer con el pobre viejo, voto al infierno!

Marg. Deteneos, os digo; porque de ese hombre dependen aun la felicidad y la vida de mi hija.

Rav. (Me salvé.)

Marg. Señor conde, Dios sin duda nos ha reunido aqui á los tres... Os he dicho que soy inocente, y ved ahi un testigo que os lo probará!

Rav. (Serenidad.) Quién? Ese anciano? Por ventura puede servir el testimonio de un loco! No, nada puede retardar ya el casamiento que vá á efectuarse; (*ruido de campanas.*) y escuchad, escuchad, ois esas campanas?

Mar. (*que habia vuelto á caer sentado, levantándose.*) Las campanas! Las campanas!

Rav. Esas campanas que repican como para una funcion solemne, anuncian que el Baron Gustavo de Fargis vá á unirse con la señorita de Alvimar, al rayar el dia; anuncian que vá á cumplirse la voluntad del emperador.

Mar. Esas campanas... Es la noche de Navidad!

Marg. La noche de Navidad! Se acuerda... (*á Ravennes.*) Señor, señor, escuchad... Dios vá á completar su obra! (*acercándose al marqués.*) «Margarita! A vos debo la salvacion de mi honor y de mi hijo... Juro delante de Dios, por cuya gloria suenan esas campanas, reconocer á toda costa vuestro heróico sacrificio!..»

Mar. Silencio!.. No fuisteis vos la que dijo eso... he sido yo...

Marg. Si, vos fuisteis quien lo dijo á Margarita Fortier.

Mar. Si... á...

Marg. A Margarita Fortier, que acababa de salvar el honor de vuestro nombre.

Mar. Si! si!

Marg. De atribuirse el crímen que iba á cubrir de infamia á vuestro Carlos.

Mar. A mi Carlos, si, si.

Marg. Pues bien, esa Margarita Fortier, á quien tanto debeis, mirad, mirad, soy yo...

Mar. Tú!.. aguardad... si... creo recordar... la nube que ofusca mi vista se disipa... si, tú fuiste... tu fuiste, en efecto, la que nos salvaste, Margarita! ah! Ven á mis brazos! A mis brazos!

Mig. Ahí! á la bayoneta!..

Marg. Oidme, señor, ahora; para recompensarme, me rechazan de vuestra familia; mi hija, la hija de Carlos es reputada por hija de una ladrona... Me ordenan su perdicion, su deshonra, su muerte, y obligan á vuestro sobrino, que la ama con delirio, á casarse con otra muger.

Mar. Ese enlace no se verificará; esa union es injusta, imposible, porque se oponen á ella los deberes de la gratitud.

Marg. (*al marqués.*) Pero, no ois esas campanas?.. Esas campanas anuncian el casamiento, anuncian la muerte de mi hija.

Mar. Ese enlace no se efectuará, repito! Yo, el mas antiguo representante de esta noble familia, le prohibo y voy á estorbarle... (*á Amelia.*) Hija de Carlos Fargis, hija mia, ven, sígueme á la iglesia, donde te usurpan tu puesto... Nadie me detendrá, porque la voz de Dios se ha dejado oir al través del toque de esas campanas! Porque su espíritu ha reanimado mi apagada inteligencia, su mano es la que me guia... Plaza al marqués de Fargis y á su hija! (*vase llevándose á Amelia.*)

ESCENA XII.

Dichos, escepto **Amelia** *y el* **Marqués.**

Mig. Ah! el dia de la justicia ha llegado por fin.

Rav. Si, para él! Porque está proscrito, condenado á muerte, y se halla cercana su última hora. (*vá á marcharse precipitadamente.*)

Mig. (*cerrándole el paso.*) Dónde vais?

Marg. A delatar sin duda al marqués... Detenedle, Miguel.

Mig. (*desnudando el sable y presentándosele al pecho; el conde dá algunos pasos atrás.*) Alto ahí; si dais un paso, os atravieso. (*óyese tocar marcha en la calle.*) Bravo! el emperador sale de Tullerías y vá á la revista... Pasad, Margarita. (*señalándola la puerta para que se marche. Margarita sale.*) Animo, que todo no se ha perdido, vamos á echarnos á sus pies... (*al conde.*) Y vos entretanto...

Con. Qué pretendeis hacer?

Mig. (*dirigiéndose hácia la puerta.*) Qué? Dejaros ahí... Buenas noches. (*óyese echar la llave por fuera.*)

ESCENA XIII.

Ravennes, *solo.*

Ah! se marcha y me deja encerrado!.. Infame!.. Cómo evadirme?.. Cómo estorbar el escándalo que vá á dar el marqués?.. Oh! esta ventana... (*abre la ventana.*) Es una elevacion espantosa!.. Qué veo!.. un inmenso gentio ocupa la calle... El marqués ha salido sin duda en el momento en que pasaba el emperador, y se ha arrojado á sus pies... Cielos! soy perdido!.. Le alza del suelo... Gustavo, que se halla presente, le estrecha en sus brazos...— Qué significa ese abrazo?.. Dónde ha podido conocer al marqués?.. Ah! porqué

no me hallo yo ahí para confundirlos á todos... daré voces...—Pero qué miro? No es aquel que levanta la vista hácia aqui, Juan, mi lacayo?.. Si, él es... me mira... le haré señas... (*haciéndole señas con el pañuelo.*) Aqui... aqui... mi fiel criado... (*retírase de la ventana.*) Mas ahora que pienso, le habrá salido bien lo del uniforme... ó me habrá vendido quizás?.. Ah! oigo subir... siento pasos. (*con alegria.*) Ya está aqui.

ESCENA XIV.

RAVENNES, JUAN.

JUAN. (*dentro.*) Señor, señor, abrid.

RAV. Me es imposible, Juan; el infame Miguel me ha encerrado...Ayúdame á violentar esta puerta... Busca un instrumento cualquiera.

JUAN. (*idem.*) Mi palo servirá. (*despues de varios esfuerzos por ambos lados, cede la puerta.*)

RAV. (*á Juan al entrar.*) Ay! Ya estoy libre... Dime sin tardar... y el uniforme?

JUAN. Hecho pavesas.

RAV. Y el jorobado?

JUAN. Se resistió, pero ha llevado una buena solfa. Roberto, otro lacayo amigo mio, me ha ayudado á sacudirle.

RAV. Bien, no hay que perder tiempo. (*vá á la mesa y escribe unas líneas.*) Vé sin detenerte á casa del prefecto de policia, entrégale de mi parte este aviso, y dí que aqui se halla la muger que deben prender... Andá, no te detengas. (*vase Juan.*) Y yo ahora á perder al Marqués... Los únicos indicios que podian revelar mi verdadero nacimiento, han sido destruidos por Juan; la pérdida del Marqués acabará por hacerme para siempre el verdadero conde de Fargis. (*dirijese hácia la puerta y se presenta Gustavo.*)

ESCENA XV.

RAVENNES, GUSTAVO.

GUS. Padre mio! Padre mio!... Miguel me ha dicho que os hallábais aqui, y vengo á anunciaros que el Marqués se ha salvado.

RAV. Salvado!... Qué decis! (*con temor.*) Acaso ha hallado alguna prueba de su inocencia?

GUS. No, no ha podido presentar prueba alguna, pero otro testimonio ha venido á probarla.

RAV. Cuál?

GUS. El mio.

RAV. El vuestro!

GUS. El mio!... Era mas que un deber, era una deuda... Vos no sabeis, padre mio... El Marqués, á quien acusaban de haber echo fusilar unos prisioneros franceses, es el mismo que en Italia se precipitó delante de los fusiles preparados contra mi, compatriota suyo, pero desconocido entonces para él... Por proteger mi vida aventuró la suya; por mi recibió en la cabeza esa gloriosa herida que le ha tenido privado de la razon!... Pero Dios no ha permitido que ella fuese causa de que le arrebatasen el honor... Le he visto al tiempo de subir las gradas de la iglesia: testigo de su justificacion en el momento en que invocaba á los piés del emperador, el testimonio de un oficial francés libertado por él; de un oficial, á quien habia entregado su cruz de San Luis, me he arrojado en sus brazos enseñándosela... y he logrado salvar á tan noble acusado... El emperador le ha perdonado, y este perdon debe sernos tanto mas grato, cuanto que en él vá envuelta la rehabilitacion de Margarita Fortier, á quien debemos, como espiacion, la felicidad de su hija.

RAV. Antes debeis vos obedecer á vuestro padre... y os mando que me saqueis del compromiso que he contraido con la familia de Alvimar.

GUS. Qué decis, padre mio?

RAV. Mi resolucion es irrevocable. (Este casamiento es la única esperanza que me queda.)

GUS. Ah! En vano es que invoqueis el sagrado nombre de padre... Si es cierto que la naturaleza os le ha dado, veo con dolor que jamás habeis sentido hácia mi el cariño de tal... Por eso tal vez yo mismo, lo confieso con rubor, me he acusado muchas veces de no profesaros el ciego respeto que hácia un padre debe sentirse. Ahora conozco que vuestra crueldad, vuestro inflexible carácter han motivado esta indiferencia, este estrañamiento en mi, y quiero deciros que Dios me castigará si mi resistencia es criminal... pero que estoy dispuesto á desobedeceros si exijis por mas tiempo ese enlace.

ESCENA XVI.

Dichos, el MARQUÉS *apoyado en* MIGUEL, *y seguido de* MARGARITA *y* AMELIA.

MAR. Gustavo! (*llévale Miguel hasta el sillon.*)

RAV. (El Marqués!... Margarita!... No nos turbemos.)

MAR. Gustavo!... Os vuelvo á ver!... Venid, venid á mi lado... Tantas emociones, tantos esfuerzos para reunir mis ideas, han abrumado de tal modo mi débil razon, que temo vuelva á abandonarme... Dadme, Dios mio, el juicio suficiente para vengar á mi pobre hijo... á mi pobre hijo asesinado!

TODOS. Aseinado!

MAR. Si, por el infame Ravennes.

RAV. (Cielos!)

MAR. Si, asesinado en la playa del Havre, cuando iba á estorbar la fuga del infame... (*dirigiéndose á Margarita.*) Apenas se vió curado de la herida que le hicieron los soldados, quiso salvaros, obligando á Ravennes á confesar su crimen... pero el vil le apartó de la orilla, prometiendo satisfacerle, y le asesinó alevosamente... Yo tuve noticia, aunque tarde, de aquel funesto encuentro, y acudí de noche á la playa, acompañado de algunos criados... encontramos á Carlos espirante y perdiendo su sangre por una mortal herida... El infame Ravennes habia podido embarcarse, y ya estaba lejos.

MARG. Gran Dios! Pereció por salvarme.

MAR. Ningun medio omití para descubrir al asesino de mi hijo; pero la revolucion estalló por aquel tiempo... me ví proscrito... tuve que espatriarme... y desde que he vuelto á entrar en Francia, hoy por primera vez he recobrado la razon y la libertad. Oh! Pero estais vosotros aqui, amigos mios, y me ayudareis á buscar al autor de todos nuestros males; á vengar á Carlos.

MARG. Ah! Es un sueño lo que me pasa!... El Marqués libre!... Perdonado!... Voy á ver á mi hija feliz y enlazada con el que ama... Oh! Temo morir de alegria. Pero qué ruido!... Cielos! Un comisario!... Gendarmes!...

ESCENA XVII.

Dichos, un COMISARIO, *gendarmes.*

COM. Quién de estas señoras es Margarita Fortier?

MARG. (*con temor.*) Ese es mi nombre.

COM. Margarita Fortier, condenada por robo á diez años de reclusion, á la marca y á la esposicion, tengo órden

de prenderos y llevaros nuevamente á la cárcel, de donde os evadisteis antes de cumplir vuestra condena.

MARG. Gran Dios!. . A mi! A mi!

AME. (*yendo á defenderla.*) Madre mia!

MAR. Señor Comisario, esta muger es inocente del crímen que se la imputa... Yo, Marqués de Fargis, estoy pronto á declarar en su favor, acusando de ese crimen al llamado Ravennes, verdadero autor del robo.

COM. Permitid que os diga, señor Marqués, que si no acompañais pruebas, vuestra declaracion es inútil, y no bastará á detener el curso de la justicia.

MAR. Cielos! Pero para estorbar tan gran injusticia, qué es lo que debemos hacer? Aconsejadnos, señor, aconsejadnos.

COM. Designar á la justicia el verdadero criminal, puesto que, segun decis, sabeis quién es.

MAR. El verdadero criminal?... Y cómo averiguar dónde se oculta?... Cómo descubrirle?... (*como asaltado de una idea.*) Ah! Pero ahora que reflexiono... El conde de Fargis, mi sobrino, á quien yo amaba á la par de mi hijo, podrá tal vez... Ravennes, el asesino, se fugó á Santo Domingo... ha debido conocerle, verle allí... Llévame, Gustavo, llévame á donde está tu padre.

GUS. (*presentándole al Conde.*) Venid, padre mio, venid, y decid al Marqués...

MAR. El!... El!... Mi sobrino! El conde de Fargis!

RAV. Yo mismo!

MAR. Vos!... Es imposible.

TODOS. Qué dice?

MAR. Oh! no, no! Vos no sois el que yo ví hace veinticinco años... A pesar del tiempo y de la ausencia, conservaria alguna idea, algun recuerdo.

MIG. (Si tendremos alguna otra hazaña?...)

MAR. Yo no os conozco.

RAV. Yo por mi os conozco perfectamente, señor Marqués; permitidme que atribuya á efecto de vuestra enfermedad, ese olvido total de mi persona, que ahora manifestais.

MAR. Será cierto, Dios mio!... Y mi memoria, débil todavia... No importa... si sois el conde de Fargis, debeis haber conocido en Santo Domingo á un tal Ravennes.

RAV. En efecto, ese sugeto me fué eficazmente recomendado por vuestro hijo Carlos.

MARG. Pues bien, hablad, señor Conde, hablad!... Ese Ravennes qué se ha hecho?

RAV. Murió como un valiente ante mis propios ojos, batiéndose contra los negros insurjentes.

TODOS. Muerto!

COM. Ya lo veis, señor Marqués, el tiempo se pasa, y mi obligacion...

MAR. Oh! Un momento! Un momento todavia! (*á Ravennes.*) Conde, esta muger es inocente... se ha sacrificado por salvar el honor de los Fargis... Yo os lo ruego... unios á mi para obtener una próroga.

GUS. Padre mio!

RAV. Yo nada puedo!

MAR. Pero vuestro influjo, vuestras instancias...

RAV. Nada puedo, os digo.

MAR. Oh! Ya es por demas!... Os negais á interesaros por la que ha salvado el honor de nuestro nombre!... Permaneceis sordo á la súplica de un anciano... á la desesperacion de vuestro hijo!... Ah! Vos os pareceis en el corazon á un Fargis, ni mas ni menos que os pareceis en la fisonomia... Sois un impostor!... Vos no sois el conde de Fargis!...

RAV. Señor Marqués!...

ESCENA ULTIMA.

Dichos; FRIQUET, sale todo descoyuntado y lleno de vendas.

FRI. No, no lo zoiz, ropavejero, apalcador.

TODOS. Friquet!

RAV. Insolente!... Os atreveis...?

FRI. Oh! Bien oz habeiz atrevido voz á mandarme dar una paliza, que no me han dejado huezo zano... pero por fortuna no han podido tocarme á la lengua, y la tengo muy zuelta, y puedo contar todo lo que cé punto por punto.

MIG. Pues dilo pronto, voto al diablo.

FRI. El zupelnumerario, que me ha puezto unaz comprezaz en los verdugonez, ez el mizmo que ce quedaba á velar todaz laz nochez á Tormenta. Acabo de interrogarle zobre lo que decia cuando empezaba á delirar... y decia que el conde de Fargiz no era tal conde, que era un bribon de ciete zuelaz!... Uno que ce llamaba... aguardad... Ravennes.

TODOS. Ravennes!

RAV. Qué infamia!... Y dónde estan las pruebas?... Las pruebas?

FRI. Ah! Alzaiz el gallo, porque zabeiz mejor que nadie donde eztaban... laz dichozaz pruebaz; figuraoz que laz tenia yo zin zaberlo... que me he negado á vendércelaz, y que me laz ha hecho quitar á la fuerza, dándome en cambio una paliza tremenda... ce laz habrán traido y laz habrá echo pedazoz.

RAV. Las tribunales, ante los cuales recurriré en breve, me vengarán de tanta calumnia.

MIG. Pero dónde diablos estaban esas pruebas?

FRI. Creo que Tormenta, enmedio del delirio, ce llevaba la mano al pecho, como ci tuviece loz papelez alli.... pero como el uniforme de Leandro ce ha perdido...

MIG. Ah! Qué es perder? No se ha perdido!... Le cambió con el mio momentos antes de morir... para dejarme esa memoria..... Su uniforme es este.... (*desabrochándose el uniforme.*) Si, aqui toco papeles.... vedlos... una declaracion de Tormenta... una carta de Ravennes. Es vuestra misma letra, señor conde de Fargis.

RAV. Soy perdido!

MIG. (*al Comisario.*) A ver, caballero, una vez que habeis venido, tened la bondad de agarrar al señor... es el Ravennes que buscábamos... Cuando yo decia que no érais hombre de bien!

RAV. Oh rabia!... Si pudiera... (*Ravennes hace un movimiento para escaparse, Miguel le coje de un lado y Friquet del otro.*)

FRI. Poco á poco, ceñor trapero... De esta no ezcapaiz... A mi me han molido vueztroz criadoz loz huezoz, pero la paliza oz ha de coztar el gaznate. (*los de policia rodean á Ravennes y se lo llevan.*)

MAR. Margarita, prometí reconocer vuestro generoso sacrificio. El cielo ha escuchado mis ardientes súplicas, he cumplido mi juramento y he vengado á mi hijo.

FIN.

Junta de censura de los teatros del reino.—Es copia del original censurado.

Madrid, 1854.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.


3 0112 098527309